

C L A V E T R I B U N A M A R X I S T A

Nos. 10-13 Segunda Epoca. México, D. F., Junio-Septiembre 1940

Nota de la Redacción

Este manifiesto de la Cuarta Internacional fué adoptado en el Congreso de Emergencia, en el que diez secciones nacionales estuvieron representadas. Fué celebrado entre el 19 y el 26 de mayo "en algún lugar del continente americano".

Las noticias y documentos del Congreso no han podido publicarse, sino hasta ahora que los participantes han podido volver a su país de origen.

A pesar de que han pasado más de tres meses desde que el manifiesto fué adoptado, meses durante los cuales acontecimientos no soñados por la mayor parte del universo se han sucedido, el manifiesto soporta victoriosamente la prueba de esos acontecimientos, al predecir sus grandes lineamientos. El manifiesto es una valoración, no sólo de los acontecimientos inmediatos, sino de esta época entera, de guerra y de revolución.

Simbólico del futuro es el hecho de que este manifiesto sea el primero en ser lanzado por cualquiera de las organizaciones internacionales del movimiento obrero, para estimar el carácter de los acontecimientos que estamos presenciando. Y lo que es más decisivo, quedará como el único que proporcione un valiente programa para arrancar a la clase obrera internacional de este caos, hacia un mundo de paz y socialismo.

Este manifiesto contiene un análisis de la situación mundial en todos sus aspectos. Pero es mucho más que eso. Es una llamada a la acción, para salvar a la raza humana de la muerte.

* * *

Difusión deferencia de Edicions Internacionals Sedov en su serie Clave. Tribuna marxista (revista, 1938-1941). Para descargar el resto de números de la serie, enlace desde imagen del logotipo:

Edicions Internacionals Sedov



nCI
★

LA GUERRA IMPERIALISTA Y LA REVOLUCION PROLETARIA MUNDIAL

El Congreso de Emergencia de la Cuarta Internacional, partido mundial de la revolución socialista, ha sido convocado en el punto de virada de la segunda guerra imperialista. La etapa de exploración de brechas, de preparativos y de relativa inactividad militar ha quedado muy atrás. Alemania ha desatado todas las furias infernales en una gran ofensiva a la que los aliados replican en igual forma, con todas sus fuerzas de destrucción. De hoy en adelante, la vida de Europa y de la humanidad entera será determinada, para un largo período, por la marcha de la guerra imperialista y por sus consecuencias económicas y políticas.

La Cuarta Internacional considera que este es el momento de decir abierta y claramente cómo ve la guerra y a sus participantes, cómo aprecia la política de guerra de las distintas organizaciones obreras y—lo que es más importante—cuál es el camino que lleva hacia la paz, la libertad y la abundancia.

La Cuarta Internacional no se dirige a los gobiernos que han acosado a los pueblos hacia la matanza; tampoco a los políticos burgueses que soportan la responsabilidad de esos gobiernos; tampoco a la burocracia obrera que apoya a la burguesía carnicera. La Cuarta Internacional se dirige a los hombres y mujeres que trabajan, a los marinos y soldados, a los campesinos arruinados y a los esclavizados pueblos coloniales. La Cuarta Internacional no tiene ligas de ninguna especie con los opresores, los explotadores, los imperialistas. Ella es el partido mundial de los trabajadores, de los oprimidos y de los explotados. A ellos habla este manifiesto.

CAUSAS GENERALES DE ESTA GUERRA

La técnica es hoy infinitamente más poderosa que al final de la guerra de 1914-18, y mientras tanto, la humanidad está hoy mucho más agobiada de miseria. El nivel de vida ha declinado en un país tras otro. En el umbral de esta guerra, la agricultura se hallaba en peor condición que al empezar la otra. Los países agrícolas están arruinados. En los países industriales, las clases medias son destrozadas económicamente, y una sub-clase permanente de cesantes—parias modernos se ha constituido. El mer-

cado interior se ha reducido. La exportación de capital ha disminuído. El imperialismo prácticamente ha hecho pedazos el mercado mundial, separándolo en esferas dominadas por poderosos países individuales. Mientras ha habido un incremento considerable de la población terrestre, el comercio mundial de 109 estados de nuestro planeta se ha comprimido en una cuarta parte casi, durante el solo decenio anterior a esta guerra. En algunos países, el capital en giro dentro del comercio exterior ha sido reducido a la mitad, un tercio o un cuarto.

Los países coloniales sufren sus propias crisis internas y sufren las crisis de los centros metropolitanos. Naciones atrasadas que ayer todavía eran a medias libres, hoy están hundidas en la esclavitud (Abisinia, Albania, China...). Cada país imperialista ha de tener sus propias fuentes de materias primas, sobre todo para la guerra, esto es, para una nueva lucha por materias primas. Con el objeto de enriquecerse más, los capitalistas destruyen y asuelan todo lo creado por el trabajo de siglos.

El mundo del capitalismo decadente está sobrepoblado. La cuestión de admitir a un centenar de refugiados suplementarios se convierte en un gran problema para una potencia mundial como los Estados Unidos. En una era de aviación, telégrafo, teléfono, radio y televisión, el viajar de un país a otro se paraliza con pasaportes y visas. El período de la decadencia del comercio internacional es, al mismo tiempo, el período de la monstruosa intensificación del chauvinismo, y especialmente del antisemitismo. En su época de crecimiento, el capitalismo sacó del ghetto al pueblo judío, y lo utilizó como instrumento en su expansión comercial. Hoy, la sociedad capitalista decadente lucha por exprimir al pueblo judío por todos sus poros; diez y siete millones de individuos, de los dos mil millones que pueblan el globo, esto es, menos del uno por ciento, ¡no pueden ya encontrar un sitio en nuestro planeta!

En medio de las vastas extensiones de tierras y de las maravillas de la técnica, que ha conquistado para el hombre lo mismo los cielos, que la tierra, la burguesía se las ha arreglado para convertir nuestro planeta en una inmunda prisión.

El primero de noviembre de 1914, al comienzo de la pasada guerra imperialista, Lenin escribió: "El imperialismo ha puesto en peligro los destinos de la cultura europea. Tras esta guerra,

de no ocurrir una serie de revoluciones victoriosas, más guerras habrán de seguir: el cuento de la 'guerra para acabar con las guerras es un cuento vacuo y pernicioso'... Trabajadores: ¡recordad esa predicción! La actual guerra—segunda guerra imperialista—no es un accidente; no es el resultado de la voluntad de este dictador o de aquél. Fué predicha hace mucho tiempo. Se ha originado inexorablemente en las contradicciones de los intereses capitalistas internacionales. Contrariamente a las fábulas oficiales destinadas a narcotizar al pueblo, la causa principal de la guerra, lo mismo que de todos los otros males sociales—cesantía, altos costos de vida, fascismo, opresión colonial—es la propiedad privada de los medios de producción, junto con el Estado burgués que en ella se apoya.

Con el actual nivel de la técnica y de la capacidad de los trabajadores es enteramente posible crear condiciones adecuadas para el desarrollo material y espiritual de toda la humanidad. Sólo sería necesario organizar la vida económica de cada país y la del planeta entero de modo correcto, científico y racional, de acuerdo con un plan de conjunto. Sin embargo, mientras las principales fuerzas productivas de la sociedad estén en poder de los monopolios, esto es, de pandillas capitalistas aisladas, y mientras el Estado nacional continúe siendo un dócil instrumento en manos de esas pandillas, la lucha por los mercados, por las fuentes de materias primas, por la dominación del mundo habrá de asumir inevitablemente un carácter cada vez más destructor. Sólo la clase trabajadora revolucionaria puede arrancar de manos de las rapaces pandillas imperialistas el poder del Estado y el dominio de la economía. Ese es el significado de la advertencia de Lenin de que "sin una serie de revoluciones victoriosas" seguiría inevitablemente una nueva guerra imperialista. Las diversas predicciones y promesas que fueron hechas han sido sometidas a la prueba de los acontecimientos. El cuento de la "guerra para acabar con las guerras" ha resultado una mentira. La predicción de Lenin se ha convertido en una trágica verdad.

LAS CAUSAS INMEDIATAS DE ESTA GUERRA

La causa inmediata de la actual guerra es la rivalidad entre los viejos y ricos imperios coloniales, la Gran Bretaña y

Francia, y los tardíos merodeadores imperialistas: Alemania e Italia.

El siglo XIX fué la era de la incontestable hegemonía del más viejo poder capitalista: la Gran Bretaña. De 1815 a 1914—es cierto, no sin explosiones militares aisladas—reinaó la "paz británica". La flota británica, la mayor del mundo, jugó el papel de policía de los mares. Esa era, sin embargo, pertenece al pasado. Desde fines del último siglo, Alemania, armada con la técnica moderna, comenzó a adelantarse para tomar el primer sitio en Europa. Allende el océano, surgió un país todavía más poderoso, una antigua colonia británica. La contradicción económica más poderosa que llevó a la guerra de 1914-18 fué la rivalidad entre la Gran Bretaña y Alemania. En cuanto a los Estados Unidos, su participación en la guerra tuvo un carácter preventivo: no se podía permitir a Alemania subyugar el continente europeo.

La derrota arrojó a Alemania dentro de la más completa impotencia. Desmembrada, cercada de enemigos, quebrada por las indemnizaciones, debilitada por las convulsiones de la guerra civil, pareció fuera de competencia para un largo período por venir, si no para siempre. En el continente europeo, la voz cantante pasó temporalmente al patrimonio de Francia. Para la victoriosa Inglaterra, el balance de cuentas se saldó, en último análisis, con deudas: independencia creciente de los dominios; movimientos coloniales por la independencia; pérdida de la hegemonía naval; menoscabo en la importancia de su marina, por virtud del desarrollo de la aviación.

Por inercia, Inglaterra todavía intentó jugar el papel dominante en el escenario mundial durante los primeros años después de la victoria. Sus conflictos con los Estados Unidos comenzaron a asumir un carácter ostensiblemente amenazador. Parecía que la próxima guerra habría de suscitarse entre los dos anglosajones aspirantes a la dominación mundial. Inglaterra, sin embargo, pronto tuvo que convencerse de que su peso económico específico era inadecuado para combatir con el coloso de allende el mar. Su convenio con los Estados Unidos sobre paridad naval significó una renuncia formal a la hegemonía del mar, ahora ya perdida. La substitución de su libre cambismo

por murallas aduaneras significó la admisión abierta de la derrota de la industria británica en el mercado mundial. Su renuncia a la política del "espléndido aislamiento" trajo en su despertar la introducción del servicio militar obligatorio. Así, todas las tradiciones sagradas fueron arrojadas por la borda.

Una falta semejante de correspondencia entre su peso económico y su posición mundial es característica también de Francia, pero en una escala menor. Su hegemonía europea se asentaba en una coyuntura temporal de circunstancias, creada por el aniquilamiento de Alemania y por las combinaciones artificiales del tratado de Versalles. La magnitud de su población y los cimientos económicos que soportaban esa hegemonía eran demasiado inadecuados. Cuando se desvaneció la hipnosis de la victoria, surgió a la superficie la verdadera relación de fuerzas. Francia resultó ser mucho más débil de lo que había parecido, no sólo a sus amigos, sino también a sus enemigos. Tratando de ocultarlo, se convirtió, en esencia, en el más reciente dominio británico.

La regeneración de Alemania, a base de su técnica de primera clase y de sus facultades de organización era inevitable. Vino antes de lo que se había considerado posible, en gran parte, gracias al apoyo inglés a Alemania en contra de la URSS, en contra de las pretensiones exageradas de Francia y, más lejanamente, en contra de los Estados Unidos. Semejantes combinaciones internacionales resultaron un acierto para la Inglaterra capitalista más de una vez en lo pasado, mientras ella fué la potencia más fuerte. En su senectud, resultó incapaz de manejar los espíritus que ella misma había evocado.

Armada con una técnica más moderna, de mayor flexibilidad, y de mayor capacidad productora, Alemania comenzó una vez más a arrojar a Inglaterra fuera de muy importantes mercados, principalmente de la Europa sudoriental y de América Latina. En contraste con el siglo XIX, cuando la competencia entre los países capitalistas se desarrollaba en un mercado mundial en expansión, la arena de la lucha económica ahora se ha restringido a un punto en que nada queda abierto a los imperialistas, como no sean girones desgarrados del mercado mundial, que pasan de unos a otros.

La iniciativa para el nuevo reparto del mundo, esta vez co-

mo en 1914, corresponde naturalmente al imperialismo Alemán. Cogido desprevenido, el gobierno británico trató primero de comprar su derecho a no pelear, mediante concesiones a costillas de otros (Austria, Checoslovaquia). Pero semejante política fué de corta duración. La "amistad" con la Gran Bretaña fué sólo una breve fase táctica de Hitler. Londres ya había concedido a Hitler más de lo que éste había calculado ganar. El convenio de Munich, por medio del cual esperaba Chamberlain sellar un largo período de amistad con Alemania, condujo, por el contrario, a un apresuramiento de la ruptura. Nada más podía esperar Hitler de Londres: la subsecuente expansión alemana tenía que afectar a las líneas vitales de la Gran Bretaña misma. Así, la "nueva era de paz" proclamada por Chamberlain en octubre de 1938, llevó en unos cuantos meses a la más terrible de todas las guerras.

EL PAPEL DEL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO

Mientras la Gran Bretaña se ha empeñado en todos los esfuerzos, desde los primeros meses de la guerra, por apoderarse de las posiciones vacantes de la bloqueada Alemania en el mercado mundial, los Estados Unidos han estado echando fuera a la Gran Bretaña, casi automáticamente. Dos tercios del oro mundial están concentrados en las cajas norteamericanas. El tercio restante está en camino del mismo sitio. El papel de Inglaterra como banquera del mundo pertenece al pasado. Lo que resta de otras materias no anda mejor. Mientras la marina mercante y guerrera de Inglaterra sufre grandes pérdidas, los astilleros de Estados Unidos construyen barcos en una escala colosal, lo que habrá de asegurar el predominio de la flota norteamericana sobre la flota británica y la japonesa. Los Estados Unidos se preparan ostensiblemente para adoptar el *two power standard* (una marina más fuerte que las flotas combinadas de las dos potencias próximas más fuertes). El nuevo programa para la flota aérea se propone garantizar la superioridad de los Estados Unidos sobre todo el resto del mundo.

Sin embargo, la fuerza industrial, financiera y militar de los Estados Unidos, primera potencia capitalista del mundo, no habrá de asegurar de ningún modo el florecimiento de la vida

económica norteamericana, sino por el contrario, dará a la crisis de su sistema social un carácter especialmente maligno y convulsivo. ¡Miles de millones en oro sin poderse utilizar, y así millones de cesantes! En las tesis de la Cuarta Internacional—"La guerra y la Cuarta Internacional"—, publicadas hace seis años, se predijo: "El capitalismo en los Estados Unidos está rodando de cabeza hacia los problemas que impelieron a Alemania en 1914 sobre el camino de la guerra. . . Para Alemania, se trataba de "organizar" a Europa. Para los Estados Unidos, se tratará de "organizar" el mundo. La historia lleva a la humanidad directamente hacia la volcánica erupción del imperialismo norteamericano".

La política del "New Deal" y del "Good Neighbor" fueron los últimos intentos de posponer el clímax, por medio de un mejoramiento de la crisis social a base de concesiones y convenios. Después de la bancarrota de esa política, que se tragó decenas de miles de millones, no quedó más al imperialismo norteamericano que volver al método del puño de hierro. Bajo uno u otro pretexto o consigna, los Estados Unidos habrán de intervenir en el choque tremendo, a fin de mantener su dominación mundial. La orden y el momento de la lucha entre el capitalismo norteamericano y sus enemigos, todavía no son conocidos, tal vez ni siquiera por Washington. La guerra con el Japón sería una lucha por "espacio vital" en el Pacífico. La guerra en el Atlántico, aunque estuviera dirigida en lo inmediato en contra de Alemania, sería una lucha por la herencia de la Gran Bretaña.

La posible victoria de Alemania sobre los aliados gravita como una pesadilla sobre la Casa Blanca. Teniendo a su disposición, como base, los países del continente europeo y sus colonias, así como todas las fábricas europeas de municiones y los astilleros, Alemania—especialmente en combinación con el Japón en oriente—constituiría un peligro mortal para el imperialismo norteamericano. Las actuales batallas titánicas en los campos de Europa, en ese sentido, son episodios preparatorios de la lucha entre Alemania y Norteamérica. Francia e Inglaterra sólo son posiciones fortificadas del capitalismo norteamericano, más allá del Atlántico. Si las fronteras de Inglaterra están en el Rin—como lo dijo uno de los ministros británicos—, entonces las fronteras de los Estados Unidos están en el Trámite. En su fe-

bril preparación de la opinión pública para la guerra que se avecina, Washington no escatima su noble indignación por el destino de Finlandia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica... Con la ocupación de Dinamarca, la cuestión de Groenlandia revela a ésta, de modo insospechado, como una parte—"geológicamente"—del hemisferio occidental, que contiene—por una feliz casualidad—depósitos de criolita, indispensable para la producción de aluminio. Tampoco olvida Washington una mirada para la esclavizada China, las desamparadas Filipinas, las huérfanas Indias Neerlandesas y las rutas oceánicas. Semejantes simpatías filantrópicas para las naciones oprimidas y aun consideraciones geológicas son las que están llevando a los Estados Unidos hacia la guerra.

Las fuerzas armadas norteamericanas, sin embargo, sólo podrían intervenir ventajosamente en la medida en que Francia y las islas británicas se mantuvieran como sólidas bases de apoyo. Si Francia fuese ocupada, y aparecieran en el Támesis las tropas alemanas, la relación de fuerzas cambiaría totalmente, en desventaja para los Estados Unidos. La Casa Blanca, por virtud de esas consideraciones, tiene que acelerar todo su ritmo: pero del mismo modo, tiene que sopesar esta interrogación: ¿No ha sido desaprovechado ya el momento oportuno?

En contra de la posición oficial de la Casa Blanca se han desencadenado las ruidosas protestas del "aislacionismo" norteamericano, que no es más que otra variedad del mismo imperialismo. El sector de capitalistas cuyos intereses están situados de modo primordial en el continente americano, Australia y el Extremo Oriente, calculan que en caso de derrota de los aliados, automáticamente ganarían los Estados Unidos el monopolio, para su propio beneficio, no sólo de América Latina, sino también del Canadá, Australia y Nueva Zelandia. En cuanto a China, las Indias Neerlandesas y el Oriente en general, la convicción de toda la clase dominante de los Estados Unidos es la de que la guerra con el Japón, en cualquier caso, es inevitable en un futuro cercano. Bajo máscara de aislacionismo y de pacifismo, un sector influyente de la burguesía elabora un programa de expansión continental norteamericana y se prepara para la lucha con el Japón. La guerra contra Alemania por la dominación del mundo, de acuerdo con ese plan, sólo sería diferida.

En cuanto a los pacifistas pequeñoburgueses como Norman Thomas y su cofradía, sólo son voces infantiles de coro en los clanes imperialistas.

Nuestra lucha en contra de la intervención de los Estados Unidos en la guerra no tiene nada común con el aislacionismo o el pacifismo. Nosotros abiertamente decimos a los trabajadores que el gobierno imperialista no podrá dejar de arrojar el país a la guerra. La disputa en el interior de la clase dominante versa sólo sobre la cuestión de cuándo entrar a la guerra y en contra de quién abrir primero el fuego. Contar con poder mantener neutrales a los Estados Unidos por medio de artículos periodísticos y de resoluciones pacifistas sería tanto como tratar de detener la marea con una escoba. La verdadera lucha en contra de la guerra significa la lucha clasista contra el imperialismo y una denuncia sin cuartel del pacifismo pequeño burgués. Sólo la revolución podría impedir que interviniera la burguesía norteamericana en la segunda guerra imperialista o en el comienzo de la tercera. Cualquier otro método es o charlatanismo o estupidez, o una combinación de ambos.

La defensa de la "patria".—Hace casi cien años, cuando el estado nacional todavía representaba un factor relativamente progresista, el Manifiesto Comunista proclamó que los proletarios no tienen patria. La única finalidad de ellos es la creación de la patria de los trabajadores, que ha de abrazar el mundo entero. Hacia fines del siglo XIX, el estado burgués, con sus ejércitos y sus murallas aduaneras se convirtió en el peor freno para el desarrollo de las fuerzas productivas, que exige un escenario mucho más amplio. Un socialista que sale hoy a la defensa de la "patria" juega el mismo papel reaccionario que desempeñaron los campesinos vandeanos al arrojar a la defensa del régimen feudal, esto es, de sus propias cadenas.

En los recientes años, y aun meses, el mundo ha observado con asombro cuán fácilmente desaparecen los estados del mapa de Europa: Austria, Checoslovaquia, Albania, Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica... En ninguna época ha sido redibujado con semejante celeridad el mapa político, excepto en la época de las guerras napoleónicas. En aquella época, se trataba de estados feudales sobrevividos, que tenían que dejar el sitio ante el estado nacional burgués. Hoy se trata de estados

burgueses sobrevividos que deben dejar el sitio ante la federación socialista de los pueblos. La cadena, como siempre, se rompe por el eslabón más débil. La lucha de los bandidos imperialistas deja tan poco sitio a los pequeños estados independientes, como deja la feroz competencia de trusts y cartels a los pequeños manufacturados y comerciantes independientes.

Por su posición estratégica, Alemania considera más ventajoso atacar a sus enemigos principales a través de los pequeños países neutrales. La Gran Bretaña y Francia, por el contrario, juzgan más ventajoso cubrirse con la neutralidad de los pequeños estados y dejar que Alemania los empuje con sus golpes hacia el bando de los "democráticos" aliados. El fondo de la cuestión no se altera por esa diferencia de métodos estratégicos. Entre las ruedas triturantes de los grandes países imperialistas, los pequeños satélites se ven reducidos a polvo. La "defensa" de las enormes patrias reclama la destrucción de una docena de las pequeñas y medianas.

Pero aun respecto de los grandes estados, lo que está en juego para la burguesía no es una cuestión de defensa de la patria, sino más bien de los mercados, las concesiones en el exterior, las fuentes de materias primas y las esferas de influencia. La burguesía nunca defiende a la patria por la salud de la patria. Defiende la propiedad privada, los privilegios, las ganancias. En cualquier momento en que esos valores sagrados se ven amenazados, la burguesía inmediatamente se encamina por la ruta del derrotismo. Fué ésta la trayectoria de la burguesía rusa, cuyos hijos, después de la revolución de octubre, lucharon y una vez más están dispuestos a luchar dentro de cualquier ejército del mundo en contra de su antigua patria. Con el objeto de salvar sus capitales, la burguesía española buscó a Mussolini y Hitler para conseguir ayuda militar en contra de su propio pueblo. La burguesía noruega ayudó a la invasión de Noruega por Hitler. Así ha sido siempre y así será siempre.

El patriotismo oficial es una máscara de los intereses explotadores. Los trabajadores conscientes de su clase arrojan con desprecio esa máscara. No defenderán ellos a la patria burguesa, sino los intereses de los trabajadores y de los oprimidos de su propio país y del mundo entero. Las tesis de la Cuarta Internacional afirman: "En contra de la consigna reaccionaria de la 'de-

fensa nacional es necesario sostener la consigna de la destrucción revolucionaria del estado nacional. Al manicomio de la Europa capitalista es preciso contraponer el programa de los Estados Unidos Socialistas de Europa, como etapa en el camino hacia los Estados Unidos Socialistas del Mundo”.

LA “LUCHA POR LA DEMOCRACIA” ES UNA MENTIRA

No menos mendaz es la consigna de una guerra por la democracia en contra del fascismo. ¡Como si los trabajadores hubiesen olvidado que el gobierno británico ayudó a Hitler y a sus secuaces a conseguir el poder! Las democracias imperialistas son en realidad las más grandes aristocracias de la historia. Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica se asientan sobre la esclavitud de los pueblos coloniales. La democracia de los Estados Unidos se asienta sobre la apropiación de la abundante riqueza de todo un continente. Todos los esfuerzos de esas “democracias” están encaminados a la conservación de su posición privilegiada. Las democracias imperialistas hacen recaer una porción considerable de las cargas de guerra sobre sus colonias. Se obliga a los esclavos a proporcionar sangre y oro para asegurar a sus amos la posibilidad de seguir siendo propietarios de esclavos. Las pequeñas democracias capitalistas sin colonias son satélites de los grandes imperios y recogen una parte de sus ganancias coloniales. La clase dominante de esos estados está lista a renunciar a la democracia en cualquier momento, si se trata de conservar sus privilegios.

En el caso de la pequeña Noruega, una vez más se han revelado ante el mundo entero la mecánica interior de la democracia decadente. La burguesía noruega utilizó simultáneamente al gobierno socialdemócrata y a los policías, jueces y oficiales fascistas. Al primer impacto serio, las cabezas democráticas fueron despedidas y la burocracia fascista, que inmediatamente encontró un lenguaje común para entenderse con Hitler, se adueñó de la casa. Con variaciones nacionales diferentes, este mismo experimento fue llevado a cabo previamente en Italia, Alemania, Austria, Polonia, Checoslovaquia y varios otros estados. En un momento de peligro la burguesía siempre ha sido capaz de libertar de las trampas democráticas el verdadero aparato de su dominación, como instrumento directo del capital financiero. ¡Sólo los ciegos sin re-

medio son capaces de creer que los generales y almirantes británicos y franceses están sosteniendo una guerra en contra del fascismo!

La guerra no ha detenido el proceso de transformación de las democracias en dictaduras reaccionarias, sino que, por el contrario, lleva este proceso a su conclusión frente a nuestros propios ojos.

Dentro de cada país, lo mismo que en el escenario mundial, la guerra inmediatamente ha fortificado los grupos e instituciones más reaccionarios. Los estados mayores, esas madejas de conspiración bonapartista, las perversas guaridas de la policía, las bandas de patriotas alquilones, las iglesias de todos los credos, han sido inmediatamente puestos al frente. La corte papal, punto focal del oscurantismo y del odio entre los hombres, es objeto de halagos universales, especialmente de parte del protestante presidente Roosevelt. La decadencia material y espiritual trae siempre en su cauda la opresión policiaca y una demanda acrecentada del opio religioso.

Tratando de obtener las ventajas de un régimen totalitario, las democracias imperialistas desencadenan su propia defensa como una lucha redoblada en contra de la clase trabajadora y por la persecución de las organizaciones revolucionarias. El peligro de guerra, y ahora la guerra misma, ellas los utilizan, en primer lugar y sobre todo, para aplastar a sus enemigos internos. Invariablemente, la burguesía, sin vacilar, sigue la regla: “El principal enemigo está en el propio país”.

Como pasa siempre, los más débiles sufren más. Los más débiles en la actual matanza de los pueblos, son los incontables refugiados de todos los países, y entre ellos, los exiliados revolucionarios. El patriotismo burgués se manifiesta en primer lugar en el tratamiento brutal de los extranjeros indefensos. Antes de que fuesen construídos campos de concentración para los prisioneros de guerra, todas las democracias ya habían construído campos de concentración para los exiliados revolucionarios. Los gobiernos del mundo entero, particularmente el gobierno de la URSS, han escrito los más negros capítulos de nuestra época con su tratamiento a los refugiados, los exiliados, los sin hogar. Enviemos nuestros más cálidos saludos a nuestros hermanos encarcelados y perseguidos, y digámosles que no deben perder el valor. ¡De las

prisiones y de los campos de concentración capitalistas habrán de surgir los líderes de la Europa y del mundo de mañana!

VERDADERO SIGNIFICADO DE LAS CONSIGNAS NAZIS DE GUERRA

Las consignas oficiales de Hitler, en general no resisten el análisis. La lucha por la "unificación nacional", se ha revelado desde hace largo tiempo como una mentira, ya que Hitler convierte el estado nacional en un estado de muchas naciones y pisotea la libertad y la unidad de los otros pueblos. La lucha por "espacio vital" no es más que un camoufflage de la expansión imperialista, esto es, de la política de anexiones y de pillaje. La justificación racial de su expansión es una mentira; el nacionalsocialismo cambia sus simpatías y simpatías raciales de acuerdo con consideraciones estratégicas. Tal vez el antisemitismo sea un elemento un poco más estable en la propaganda fascista, ya que Hitler le ha dado una forma zoológica, al descubrir el verdadero lenguaje de la "raza" y de la "sangre" en el ladrido del perro y en el gruñido del cerdo. ¡Por algo puso Federico Engels al antisemitismo el marbete: "socialismo de los idiotas"! El único rasgo del fascismo que no es una falsificación, es su ambición del poder, de subyugar y de pillar. El fascismo es la destilación químicamente pura de la cultura del imperialismo.

Los gobiernos democráticos, que en otros días aclamaban a Hitler como un cruzado contra el bolchevismo, ahora hacen de él una especie de Satán, inesperadamente escapado de las profundidades del Averno, que viola la santidad de los tratados, las líneas de las fronteras, las normas y las reglas. Si no fuera por Hitler, el mundo capitalista florecería como un jardín. ¡Mentira miserable! El epiléptico alemán, dotado de una máquina de calcular en el cráneo y de un poder ilimitado en las manos, no cavó del cielo ni escapó del infierno: sólo es la personificación de todas las fuerzas destructivas del imperialismo. Lo mismo que Genghis Khan y que Tamerlán, parecían azotes destructores de Dios a los más débiles pueblos pastores, cuando en realidad sólo expresaban la necesidad de todas las tribus pastoras por mejores tierras de cría y por el pillaje de las áreas cultivadas, de ese mismo modo Hitler, al sacudir en sus cimientos a las viejas potencias coloniales, sólo da

una expresión más acabada a la ambición imperialista de poder. Por medio de Hitler, el capitalismo mundial, empujado a la desesperación por la imposibilidad de subsistir, ha comenzado a introducir un afilado puñal en su propio vientre.

Los carniceros de la segunda guerra imperialista no obtendrán transformar a Hitler en víctima propiciatoria de sus propios pecados.

Ante el tribunal del proletariado deberán responder todos los actuales gobernantes. Lo más que conseguirá Hitler será ocupar el primer lugar entre los criminales de la barra.

LA PREPONDERANCIA DE ALEMANIA EN EL CONFLICTO

Cualquiera que sea el resultado de la guerra, la preponderancia de Alemania se ha manifestado ya claramente. Es indiscutible que Hitler no posee ninguna nueva "arma secreta". Pero la perfección de todas las diferentes armas existentes y la bien coordinada combinación de esas armas—sobre la base de una industria más altamente racionalizada—atribuye un enorme peso al militarismo alemán. La dinámica militar está estrechamente ligada con los rasgos peculiares de un régimen totalitario: unidad de mando, iniciativa concentrada, sigilo de los preparativos, ejecución súbita. La paz de Versalles, por lo demás, hizo un triste favor a los aliados. Después de quince años de desarme alemán, Hitler se vió obligado a comenzar de la nada la edificación de un ejército, y gracias a eso, el suyo está libre de rutinas y no tiene que arrastrar el peso de una técnica y de un equipo anticuados. El entrenamiento táctico de las tropas se inspira en nuevas ideas, basadas en la última palabra de la técnica. Aparentemente, sólo los Estados Unidos están destinados a superar la maquinaria homicida alemana.

La debilidad de Francia y de la Gran Bretaña no ha sido inesperada. Las tesis de la Cuarta Internacional (1934) declaran: "La quiebra de la Liga de las Naciones está indisolublemente ligada con el comienzo de la quiebra de la hegemonía francesa sobre el continente europeo". Ese documento programático declara más adelante que "los gobiernos ingleses son cada día menos capaces de llevar a cabo sus planes", que la burguesía británica está "alarmada por la desintegración de su imperio, el movimiento revolu-

cionario en la India, la inestabilidad de sus posiciones en China". El poder de la Cuarta Internacional estriba precisamente en que su programa es capaz de resistir la prueba de los grandes acontecimientos.

La industria de Inglaterra y Francia, gracias a la segura corriente de los superprovechos coloniales, durante largo tiempo se ha estancado en técnica y organización. Además, la supuesta "defensa de la democracia" por los partidos socialistas y los sindicatos, creó una situación política extremadamente privilegiada para la burguesía británica y francesa. Los privilegios siempre conducen a la lentitud y al estancamiento. Si Alemania revela hoy una preponderancia tan colosal respecto de Francia y de Inglaterra, preciso es atribuir la parte del león en la responsabilidad a los defensores socialpatriotas de la democracia, que imidieron que el proletariado arrancara a Inglaterra y a Francia de la atrofia, por medio de una oportuna revolución socialista.

El programa de paz.—A cambio de esclavizar a los pueblos, Hitler promete establecer una "paz germánica" en Europa, por un período de siglos. ¡Vano espejismo! La "paz británica" siguiente a la victoria en contra de Napoleón pudo durar un siglo—no mil años!—sólo porque Inglaterra era la avanzada de una nueva técnica y de un sistema progresista de producción. No obstante la potencia de su industria, la Alemania de hoy, como sus enemigos, sostiene un sistema social condenado va. La victoria de Hitler en realidad no significaría la paz, sino el comienzo de una nueva serie de choques sangrientos en escala mundial. Mediante la supresión del Imperio Británico, la reducción de Francia al estatuto de Bohemia y Moravia, Alemania, basada en el continente europeo y en sus colonias, se convertiría indudablemente en la primera potencia del mundo. Junto con ella, Italia, en el mejor caso, podría—no por muchos años—, obtener el control de la cuenca mediterránea. Pero ser la primera potencia no significa ser la única. La lucha por "espacio vital", sólo entraría entonces en una nueva etapa.

El "nuevo orden" que el Japón se prepara a establecer, basándose en la victoria alemana, tiene como perspectiva la extensión del dominio japonés sobre la mayor parte del continente asiático. La Unión Soviética se encontraría entonces sitiada entre una Europa germanizada y un Asia niponizada. Las tres Américas, lo mismo que Australia y Nueva Zelandia, caerían en manos de los

Estados Unidos. Y si tomamos en cuenta el imperio provincial italiano, además, el mundo temporalmente estaría dividido en cinco "espacios vitales". Pero el imperialismo, por su propia naturaleza, atorrece cualquier división de poder. Con el objeto de libertarse las manos en contra de América, Hitler tendría que arreglar sangrientas cuentas con sus amigos de la víspera, Stalin y Mussolini. El Japón y los Estados Unidos no se mantendrían como observadores desinteresados de la nueva lucha. La tercera guerra imperialista no sería empeñada por estados nacionales ni por imperios del antiguo cuño, sino por continentes enteros. La victoria de Hitler en la actual guerra significaría así, no mil años de "paz germánica", sino un caos sangriento por muchos decenios, si no por siglos.

Pero tampoco un triunfo aliado resultaría en consecuencias más brillante. Francia victoriosa restablecería su posición como gran potencia, sólo por medio del desmembramiento de Alemania, de la restauración de los Hapsburgos y de la balkanización de Europa. La Gran Bretaña sólo podría jugar de nuevo un papel director en los asuntos europeos por medio del restablecimiento del sistema de apoyar sobre las contradicciones entre Alemania y Francia por un lado, y Europa y América por el otro. Esto significaría una nueva y diez veces peor edición de la paz de Versalles, con efectos infinitamente más perniciosos para el organismo debilitado de Europa. A eso debe añadirse que una victoria aliada sin la ayuda norteamericana es improbable y que los Estados Unidos esta vez reclamarían un precio mucho mayor por su colaboración que en la última guerra. La desquiciada y exhausta Europa—objeto de la filantropía de Herbert Hoover—se convertiría en deudora quebrada de su salvador ultramarino.

Finalmente, si suponemos la variante menos probable, es decir, la conclusión de la paz por los adversarios exhaustos, de acuerdo con la fórmula pacifista: "Ni vencedores ni vencidos", eso significaría la restauración del caos internacional que existía antes de la guerra, pero esta vez basado en ruinas sangrientas, en el agotamiento, en la amargura. En un período corto de tiempo, todos los viejos antagonismos, habrían surgido a la superficie con violencia explosiva, para resolverse en nuevas convulsiones internacionales.

La promesa de los aliados de crear una federación democrática europea, esta vez es la más cruda de todas las mentiras pacifistas. El estado no es una abstracción, sino el instrumento del capi-

talismo monopolista. Mientras no sean expropiados los trusts y los bancos, para beneficio del pueblo, la lucha entre los estados es exactamente tan inevitable como la lucha entre los mismos trusts. La renuncia voluntaria por los más poderosos estados a las ventajas que les otorga su fuerza, es una utopía tan ridícula, como la división voluntaria de capitales entre los trusts. Mientras se conserve la propiedad privada capitalista, una "federación" democrática no sería más que una peor repetición de la Liga de las Naciones, con todos sus vicios y sin sus ilusiones.

En vano intentan los amos imperialistas del destino revivir un programa de salvación que se desacreditó completamente con la experiencia de los últimos decenios. En vano se entusiasman los lacayos pequeño burgueses con panaceas pacifistas que hace largo tiempo se convirtieron en su propia caricatura. Los trabajadores adelantados no se dejarán engañar. La paz no será concertada por las fuerzas que ahora sostienen la guerra. ¡Los trabajadores y soldados dictarán su propio programa de paz!

LA ACTUAL GUERRA Y LA DEFENSA DE LA URSS.

La alianza de Stalin con Hitler, que levantó el telón sobre la guerra mundial y condujo directamente a la esclavitud del pueblo polaco, fué resultado de la debilidad de la URSS y del pánico del Kremlin ante Alemania. La responsabilidad por aquélla sólo corresponde al mismo Kremlin: su política interior abrió un abismo entre la casta gobernante y el pueblo, su política exterior sacrificó los intereses de la revolución mundial ante los intereses de la pandilla stalinista.

La toma de la Polonia occidental—prenda de la alianza con Hitler y garantía en contra suya—fué acompañada por la nacionalización de las propiedades semif feudales y capitalistas en la Ucrania occidental y en la Byelo Rusa occidental. Sin ella, el Kremlin no habría podido incorporar a la URSS el territorio ocupado. La estrangulada y profunda revolución de octubre hizo saber que aún vivía.

En Finlandia, el Kremlin no logró realizar una transformación social semejante. La movilización imperialista de la opinión pública mundial "en defensa de Finlandia"; la amenaza de intervención directa de Francia e Inglaterra; la impaciencia de Hitler que

tenía que apoderarse de Dinamarca y de Noruega antes de que aparecieran en suelo escandinavo las tropas francesas y británicas, todo eso obligó al Kremlin a renunciar a la soviétización de Finlandia y a limitarse a la toma de las posiciones estratégicas indispensables.

Es incuestionable que la invasión de Finlandia despertó una profunda condenación de parte del proletariado soviético. Sin embargo, los trabajadores adelantados entendieron que los crímenes del Kremlin no retiran de la orden del día la cuestión de la existencia de la URSS. Su derrota en la guerra mundial significaría no sólo el derrocamiento de la burocracia totalitaria, sino la liquidación de las nuevas formas de propiedad, la quiebra del primer experimento de economía planeada y la transformación del país entero en una colonia, esto es, la entrega al imperialismo de colosales recursos naturales que le darían un desahogo hasta la tercera guerra mundial. Ni los pueblos de la URSS ni la clase trabajadora mundial en su conjunto tienen interés en semejante resultado.

La resistencia de Finlandia a la URSS fué—con todo su heroísmo—tan diferente de un acto de defensa nacional independiente como lo fué la subsecuente resistencia de Noruega a Alemania. El mismo gobierno de Helsinki lo entendió así cuando prefirió capitular ante la URSS a transformar a Finlandia en una base militar de Inglaterra y Francia. Nuestro acendrado reconocimiento del derecho de toda nación a la libre determinación, no altera el hecho de que en el curso de esta guerra ese derecho no ha tenido más peso que el vilano del cardo.

Nosotros debemos determinar la línea básica de nuestra política de acuerdo con los factores básicos y no con los de décimo rango. Las tesis de la Cuarta Internacional declaran: "La idea de defensa nacional, especialmente si coincide con la de defensa de la democracia, se presta mejor para engañar a los trabajadores de los países pequeños y neutrales (Suiza, en cierto grado Bélgica, los países escandinavos...) . . . Sólo mentecatos pequeño burgueses (como Robert Grimm) de alguna remota aldea suiza, pueden creer seriamente que la guerra mundial a la que habrán de ser arrojados es un medio de defender la independencia de Suiza". Estas palabras adquieren hoy un valor particular. En ningún sentido superiores al socialpatriota suizo Robert Grimm, son los pseudo-revolucionarios pequeño burgueses que creen que es posible determinar la es-

trategia proletaria en relación con la defensa de la URSS, apoyándose en episodios tácticos como la invasión de Finlandia por el Ejército Rojo.

Elocuentísima en unanimidad y furia fué la campaña que desató la burguesía mundial sobre la guerra fino-soviética. Ni la perfidia ni la violencia anteriores del Kremlin habían suscitado la indignación de la burguesía, ya que la historia entera de la política mundial está escrita en perfidia y violencia. Sus temores y su indignación fueron provocados por la perspectiva de una transformación social en Finlandia, según el molde de la que engendró el Ejército Rojo en Polonia Oriental. Lo que estaba en juego era una nueva amenaza en contra de la propiedad capitalista. La campaña antisoviética, que progresivamente desarrolló un carácter de clase, reveló una vez más que la URSS, por virtud de los cambios sociales establecidos por la revolución de octubre, mismos en los que se apoya, en último análisis, la existencia de la burocracia, todavía es un estado obrero que aterroriza a la burguesía del mundo entero. Los entendimientos episódicos entre la burguesía y la URSS no alteran el hecho de que "tomada en escala histórica, la contradicción entre el imperialismo mundial y la Unión Soviética es infinitamente más profunda que el antagonismo que enfrenta los países capitalistas en lo individual, unos contra otros". (*La guerra y la Cuarta Internacional.*)

Muchos radicales pequeñoburgueses, que apenas ayer estaban dispuestos a considerar a la Unión Soviética como un eje de agrupación de las fuerzas "democráticas", en contra del fascismo, súbitamente han descubierto,—ahora que su propia patria se ve amenazada por Hitler—que Moscú, que no vino en su ayuda, sigue una política imperialista y que no hay diferencia entre la URSS, y los países fascistas.

¡Mentira!—responderá todo trabajador con conciencia de clase—. Sí hay una diferencia. La burguesía aprecia mejor y más profundamente la diferencia social, que no los radicales vacuos. Ciertamente, la nacionalización de los medios de producción en un solo país, además atrasado, todavía no asegura la edificación del socialismo. Pero sí es susceptible de sustentar la condición primaria del socialismo, esto es, el desarrollo planeado de las fuerzas productivas. Dar la espalda a la nacionalización de los medios de producción, fundándose en que en sí y por sí misma no crea el bienestar de las

masas, equivale a sentenciar a la destrucción un cimiento de granito fundándonos en que es imposible vivir sin paredes y sin techo. El trabajador con conciencia de clase, sabe que una lucha victoriosa por la completa emancipación es inconcebible sin la defensa de las conquistas ya obtenidas, por modestas que ellas sean. Tanto más obligatoria, por lo tanto, es la defensa de tan colosal conquista como es la economía planeada, en contra de la restauración de las relaciones capitalistas. Quienes no sepan defender las viejas posiciones nunca sabrán conquistar nuevas.

Sólo por los métodos de la lucha de clases revolucionaria puede la Cuarta Internacional defender a la URSS. Enseñando a los trabajadores a comprender correctamente el carácter de clase del estado—imperialista, colonial, obrero—y las relaciones recíprocas entre éstos, lo mismo que sus contradicciones internas, se les capacita para extraer conclusiones prácticas en cualquier situación dada. Mientras sostiene una incansable lucha en contra de la oligarquía moscovita, la Cuarta Internacional decididamente rechaza cualquier política que pudiera ayudar al imperialismo en contra de la URSS.

La defensa de la URSS coincide en principio con la preparación de la revolución proletaria mundial. De plano rechazamos la teoría del socialismo en un sólo país, hija mental del stalinismo ignorante y reaccionario. Sólo la revolución mundial puede salvar a la URSS para el socialismo. Y la revolución mundial entraña la ineludible supresión de la oligarquía del Kremlin.

¡Por el derrocamiento de la pandilla de Stalin!

Después de cinco años de adular a las "democracias", el Kremlin reveló su cínico desprecio por el proletariado mundial concertando una alianza con Hitler y ayudándole a estrangular al pueblo polaco; se exaltó con un chauvinismo vergonzoso la víspera de la invasión de Finlandia y desplegó una incapacidad militar igualmente vergonzosa en la pelea subsecuente; proclamó ruidosas promesas de "emancipar" al pueblo finlandés de los capitalistas, para concluir en una cobarde capitulación ante Hitler. Esa es la carrera del régimen stalinista en las críticas horas de la historia.

Los procesos de Moscú habían revelado ya que la oligarquía

totalitaria se ha convertido en un obstáculo absoluto en la senda del desenvolvimiento del país. El ascendente nivel de las cada vez más complejas necesidades de la vida económica ya no puede tolerar la estrangulación burocrática. Sin embargo, la pandilla de los parásitos no está dispuesta a hacer ninguna concesión. En su lucha por sus posiciones, destruye todo lo que es mejor para el país. No debe pensarse que el pueblo que realizó tres revoluciones en doce años, súbitamente se haya quedado estúpido. Está reprimido y desorientado, pero atisba y piensa. La burocracia le recuerda todos los días su existencia con su gobierno arbitrario, su opresión, rapacidad y vengatividad sanguinaria. Los obreros medio muertos de hambre y los trabajadores de las granjas colectivas, murmuran entre ellos, con odio, contra los pródigos caprichos de los feroces comisarios. Para el sexagésimo natalicio de Stalin, los trabajadores de los Urales fueron obligados a trabajar todo un año y medio en un gigantesco retrato del odiado "padre de los pueblos", hecho con piedras preciosas; faena digna del persa Jerjes o de la egipcia Cleopatra. Un régimen capaz de tolerar semejantes abominaciones, no puede menos de despertar la hostilidad de las masas.

La política exterior corresponde a la política interior. Si el gobierno del Kremlin expresara los verdaderos intereses del estado obrero; si la Komintern sirviera la causa de la revolución mundial, las masas populares de la pequeña Finlandia, inevitablemente habrían gravitado alrededor de la URSS, y la invasión del Ejército Rojo, o habría sido totalmente innecesaria o habría sido aceptada desde luego por el pueblo finlandés, como un acto revolucionario de emancipación. En realidad, toda la política anterior del Kremlin había repelido de la URSS a los obreros y campesinos finlandeses. Mientras Hitler ha podido contar con la ayuda de la llamada "quinta columna" en los países neutrales que ha invadido, Stalin no encontró ayuda de ninguna clase en Finlandia, a pesar de la tradición de la insurrección de 1918 y de la larga existencia del Partido Comunista Finlandés. En semejantes condiciones, la invasión del Ejército Rojo asumió el carácter de una violencia militar directa y abierta. La responsabilidad de esa violencia cae enteramente y de modo indivisible sobre la oligarquía de Moscú.

La guerra es el agua fuerte de un régimen. Como una conse-

cuencia del primer período de guerra, la posición internacional de la URSS, a pesar de los triunfos aparatosos, ha empeorado ya ostensiblemente. La política exterior del Kremlin ha repelido de la URSS a vastos círculos de la clase obrera mundial y de los pueblos oprimidos. Las bases estratégicas de apoyo tomadas por Moscú, representarán un factor de tercera categoría en el conflicto de las fuerzas mundiales. Mientras tanto, Alemania ha obtenido la porción más importante y más industrializada de Polonia y ha ganado una frontera común con la URSS, esto es, una puerta hacia el este. Por Escandinavia, Alemania domina el mar Báltico, y ha transformado así el golfo de Finlandia en una botella de tapón bien apretado. La amargada Finlandia se acerca al control directo de Hitler. En lugar de un débil estado neutral, la URSS se encuentra ahora frente a una poderosa Alemania del otro lado de su frontera en Leningrado. La debilidad del Ejército Rojo decapitado por Stalin ha quedado demostrada ante el mundo entero. Las tendencias centrífugas nacionalistas dentro de la URSS se han intensificado. El prestigio de la dirección del Kremlin ha declinado. Alemania en el oeste y el Japón en el este se sienten ahora infinitamente más confiados que antes de la aventura finlandesa del Kremlin.

En su escaso arsenal, Stalin no pudo encontrar más que una, y sólo una respuesta a la siniestra amenaza de los acontecimientos: reemplazar a Vorochilov por una nulidad todavía más vacua: Timochenko. Como de costumbre en tales circunstancias, el objeto de esa maniobra es distraer la ira del pueblo y del ejército, alejándola del principal y criminal responsable de los fracasos, y colocar a la cabeza del ejército a un individuo cuya fidelidad está garantizada por su insignificancia. Una vez más, el Kremlin se ha revelado a sí mismo como el nido central del derrotismo. Sólo con la destrucción de ese nido puede salvaguardarse la seguridad de la URSS.

La preparación del derrocamiento revolucionario de la casta gobernante moscovita es una de las tareas principales de la Cuarta Internacional. Esa tarea no es sencilla ni fácil. Reclama heroísmo y sacrificio. Sin embargo, la época de las grandes convulsiones en la que ha entrado la humanidad habrá de asestar golpe tras golpe a la oligarquía del Kremlin, romperá su aparato totalitario, despertará la confianza en sí de las masas trabajadoras y de ese

modo facilitar la formación de la sección soviética de la Cuarta Internacional. ¡Los acontecimientos trabajarán en favor nuestro si somos capaces de ayudarlos!

La lucha colonial y la guerra.

Por el hecho de crear dificultades enormes y peligros para los centros metropolitanos imperialistas, la guerra abre vastas posibilidades ante los pueblos oprimidos. El estruendo de los cañones en Europa anuncia la hora de su liberación que se aproxima.

Si un programa de pacífica transformación social es utópico en los países capitalistas adelantados, el programa de liberación pacífica de las colonias es doblemente utópico. Por otra parte, los últimos países atrasados, libres a medias, han sido esclavizados ante nuestros ojos (Etiopía, Albania, China...). Toda la actual guerra es una guerra por colonias. Unos las persiguen, otros la poseen y se rehusan a entregarlas. Ningún bando tiene la menor intención de libertarlas voluntariamente. Los centros metropolitanos decadentes se sienten empujados a extraer tanto como sea posible de las colonias y a darles en cambio tan poco como sea posible. Sólo la lucha revolucionaria directa y abierta de los pueblos esclavizados puede franquearles el camino de su emancipación.

En los países coloniales y semicoloniales la lucha por un estado nacional independiente, y por consiguiente la "defensa de la patria", es diferente en principio que en los países imperialistas. El proletariado revolucionario del mundo entero apoya incondicionalmente la lucha de China o de la India por su independencia nacional, ya que esa lucha "al sacar al pueblo atrasado fuera del sistema asiático, particularismo y servidumbre extranjera, asesta poderosos golpes al imperialismo". (*La guerra y la Cuarta Internacional*).

Al mismo tiempo, la Cuarta Internacional sabe que esos tardíos estados nacionales ya no pueden contar con un desarrollo democrático independiente, y abiertamente lo advierte así a las naciones atrasadas. La independencia de un estado atrasado, rodeado por el capitalismo decadente y enredado en las contradicciones imperialistas, inevitablemente será ficticia a medias, y su régimen

político, bajo la influencia de contradicciones de clase internas y de presión externa, inevitablemente caerá en la dictadura en contra del pueblo: así es el régimen del partido "del pueblo" en Turquía, del Kuo-Min-Tang en China; mañana será semejante el régimen del Gandhi en la India. La lucha por la independencia nacional en las colonias es, desde el punto de vista del proletariado revolucionario, sólo una etapa transitoria en la ruta hacia la incorporación de los países atrasados en la revolución socialista internacional.

La Cuarta Internacional no establece distinciones abismales entre los países atrasados y los adelantados, entre la revolución democrática y la socialista. Los combina y subordina a la lucha mundial de los oprimidos en contra de los opresores. Así como la única fuerza revolucionaria genuina de nuestra época es el proletariado internacional, así el único verdadero programa para liquidar toda opresión, social y nacional, es el programa de la revolución permanente.

La gran lección de China.—La trágica experiencia de China es una gran lección para los pueblos oprimidos. La revolución china de 1925-27 tenía todas las oportunidades de triunfar. Una China unificada y transformada habría constituido en aquella época una fortaleza poderosa de la libertad en el Extremo Oriente. El destino entero del Asia y en cierto grado de todo el mundo podría haber sido diferente. Pero el Kremlin, falto de confianza en las masas chinas y buscando la amistad de los generales, se sirvió de toda su fuerza para subordinar al proletariado chino respecto de la burguesía y ayudó así a Chiang-Kai-Shek a aplastar la revolución china. Desilusionada, desunida y debilitada, China fué abandonada desguarnecida ante la invasión japonesa.

Como todo régimen condenado, la oligarquía stalinista es ya incapaz de aprovechar las lecciones de la historia. Al principio de la guerra chino-japonesa, el Kremlin de nuevo colocó el Partido Comunista a las órdenes de Chiang-Kai-Shek, aplastando en germen la iniciativa revolucionaria del proletariado chino. Esta guerra, ahora próxima de su tercer aniversario, habría podido terminar hace mucho tiempo con una verdadera catástrofe para el Japón, si China la hubiera dirigido como una auténtica guerra del pueblo, basada en una revolución agraria, capaz de inflamar

a las tropas japonesas en la misma hoguera. Pero la burguesía china teme más a sus propias masas armadas que a los invasores japoneses. Si Chiang-Kai-Shek, el siniestro estrangulador de la revolución china, se ve obligado por las circunstancias a lanzarse a una guerra, su programa todavía se basa, como antes, en la opresión de sus propios trabajadores y en componendas con los imperialistas.

La guerra en el Asia oriental habrá de enlazarse cada vez más con la guerra imperialista mundial. El pueblo chino sólo será capaz de conseguir la independencia bajo la dirección del joven y heroico proletariado, en el que la indispensable confianza en sí mismo será reavivada por el renacimiento de la revolución mundial. El indicará una línea firme de avance. El curso de los acontecimientos de la revolución mundial. El indicará una línea firme de avance. El curso de los acontecimientos pone en la orden del día el desarrollo de nuestra sección china en un poderoso partido revolucionario.

Tareas de la revolución en la India.—Durante las primeras semanas de guerra, las masas hindúes ejercieron una presión creciente, obligando a los oportunistas líderes "nacionales" a hablar un lenguaje desacostumbrado. ¡Ay del pueblo hindú, sin embargo, si confía en retumbantes palabras! Bajo la máscara de consignas de independencia nacional, ya el Gandhi se ha apresurado a proclamar su negativa a crear dificultades a la Gran Bretaña durante la actual grave crisis. ¡Cómo si en alguna parte o alguna vez los oprimidos hubieran podido ganar su libertad de otro modo que no fuera explotando las dificultades de sus opresores!

La repugnancia "moral" del Gandhi por la violencia, sólo refleja el terror de la burguesía hindú frente a sus propias masas. Buenas razones tienen para presentir que el imperialismo británico la arrastrará también en su derrumbe. Londres, por su parte, advierte que al primer acto de desobediencia aplicará "todas las medidas necesarias", inclusive—naturalmente—la fuerza aérea que le hace falta en el frente occidental. Existe una marcada división del trabajo entre la burguesía colonial y el gobierno británico: el Gandhi necesita de las amenazas de Chamberlain y Churchill a fin de paralizar con mejor éxito el movimiento revolucionario.

En el futuro próximo el antagonismo entre las masas hindúes y la burguesía promete hacerse más tajante, a medida que la gue-

rra imperialista se convierta más en gigantesca empresa comercial para la burguesía hindú. Al abrir un mercado excepcionalmente favorable para las materias primas, la guerra podrá fomentar rápidamente la industria hindú. Si la completa destrucción del Imperio Británico rompe el cordón umbilical que une el capital hindú con la City de Londres, la burguesía nacional buscará rápidamente un nuevo patrón en la Wall Street neoyorquina. Los intereses materiales de la burguesía determinan su política con fuerza semejante a la de las leyes de la gravitación.

Mientras el movimiento de liberación esté manejado por la clase dominante, no podrá él escapar de un callejón sin salida. La única cosa que puede unir a la India es la revolución agraria bajo la bandera de la independencia nacional. Una revolución dirigida por el proletariado estaría enderezada no sólo en contra de la dominación británica, sino también en contra de los príncipes hindúes, las concesiones extranjeras, las altas capas de la burguesía nacional y los líderes del Congreso Nacional ló mismo que los de la Liga Musulmana. Es tarea urgente de la Cuarta Internacional el crear una sección estable y poderosa en la India.

La política traidora de colaboración de clases por la cual el Kremlin, durante los últimos cinco años, ha ayudado a los gobiernos capitalistas a prepararse para la guerra, fué liquidada de modo abrupto por la burguesía, en cuanto cesó de necesitar un disfraz pacifista. Sin embargo, en los países coloniales y semicoloniales—no sólo en China y la India, sino también en América Latina—el fraude de los "frentes populares" todavía continúa paralizando a las masas trabajadores, convirtiéndolas en carne de cañón de la burguesía "progresista" y por este camino, creando una base política nativa al imperialismo.

¿QUE ENCIERRA EL FUTURO PARA AMERICA LATINA?

El crecimiento monstruoso de los armamentos en los Estados Unidos prepara una solución violenta de las complejas contradicciones del hemisferio occidental y pronto planteará categóricamente el problema del destino de los países latinoamericanos. El entreacto de la política del "buen vecino" llega a su fin. Roosevelt o quien le suceda sacará muy pronto el puño de hierro del guante de seda. Las tesis de la Cuarta Inter-

nacional declaran: "Las Américas del Centro y del Sur sólo podrán libertarse del atraso y de la servidumbre por la unión de todos los estados en una poderosa federación. Esta grandiosa faena histórica está destinada a ser realizada, no por la retardada burguesía latinoamericana, agencia enteramente prostituída del imperialismo extranjero, sino por el joven proletariado latinoamericano, líder del destino de las masas oprimidas. Por lo tanto, la consigna para la lucha en contra de la violencia y de las intrigas del capitalismo mundial y en contra de la labor de las pandillas venales nativas es: "Los Estados Unidos Soviéticos de Centro y Sudamérica". Escritas hace seis años, esas líneas han adquirido ahora una peculiar y quemante actualidad.

Sólo bajo su propia dirección revolucionaria puede el proletariado de las colonias y semicolonias dar cima a una invencible colaboración con el proletariado de los centros metropolitanos y con la clase trabajadora mundial en su conjunto. Sólo esa colaboración puede llevar a los pueblos oprimidos a una emancipación completa y final, por medio del derrocamiento del imperialismo en todo el mundo. La victoria del proletariado internacional libertará a los países coloniales del largo trabajo de estrangulación del desarrollo capitalista, al abrir la posibilidad de llegar al socialismo de la mano con el proletariado de los países avanzados.

La perspectiva de la revolución permanente no significa en ningún caso que los países atrasados deban esperar la señal de los avanzados, o que los pueblos coloniales deban esperar pacientemente que los liberte el proletariado de los centros metropolitanos. La ayuda viene a quien se ayuda a sí mismo. Los trabajadores deben desarrollar la lucha revolucionaria en todo país, colonial o imperialista, en donde se establezcan condiciones favorables, poniendo así el ejemplo a los trabajadores de otros países. Sólo la iniciativa y la actividad, la resolución y la sangre fría pueden realmente materializar la consigna: "¡Trabajadores del mundo, uníos!"

RESPONSABILIDAD DE LA SEGUNDA Y TERCERA INTERNACIONALES

La victoria de la revolución española habría abierto una era de transformaciones revolucionarias en Europa y prevenido

así la actual guerra. Pero la heroica revolución, que contenía en su seno toda posibilidad de victoria, fué asfixiada por el abrazo de la segunda y tercera internacionales, con la cooperación activa de los anarquistas. El proletariado mundial se empobreció con la pérdida de otra gran esperanza y se enriqueció con la lección de otra monstruosa traición.

El magno movimiento del proletariado francés en junio de 1936, reveló condiciones excepcionalmente favorables para la conquista revolucionaria del poder. Una República Soviética Francesa habría ganado la hegemonía revolucionaria de Europa, habría provocado repercusiones revolucionarias en todos los países, habría sacudido los regímenes totalitarios y salvado, por ese camino, a la humanidad de la actual matanza imperialista, con sus incontables víctimas. Pero la envilecida, cobarde y traicionera política de León Blum y de León Jouhaux, con el apoyo activo de la sección francesa de la Komintern, condujo al fracaso de uno de los más prometedores movimientos del último decenio.

La estrangulación de la revolución española y el sabotaje de la ofensiva proletaria en Francia; esos dos hechos se encuentran en los orígenes de la actual guerra. La burguesía se convenció a sí misma de que con semejantes "líderes obreros" a su disposición puede permitírsele todo incluso una nueva matanza de pueblos. Los líderes de la Segunda Internacional impidieron que el proletariado derrocara a la burguesía al final de la primera guerra imperialista. Los líderes de la segunda y tercera internacionales han ayudado a la burguesía a desatar una segunda guerra imperialista. ¡Convirtámosla en su tumba política!

La Segunda Internacional.—La guerra de 1914-1918 dividió desde luego a la segunda Internacional en dos campos separados por las trincheras. Todo partido socialdemócrata defendió a su patria. Hubieron de pasar varios años para que los pérfidos hermanitos enemigos se reconciliaran y proclamaran mutua amnistía.

Hoy la situación en la Segunda Internacional ha cambiado rigurosamente—en la superficie—. Todas sus secciones sin excepción están políticamente de un solo lado de las líneas militares, en el campo de los aliados: unos, porque son partidos de los países democráticos; otros, porque son emigrados de paí-

ses beligerantes o neutrales. La Socialdemocracia alemana que sostuvo una despreciable política chauvina durante la primera guerra imperialista, bajo la bandera de Hohenzollern, hoy es un partido "derrotista" al servicio de Francia e Inglaterra. Sería inexcusable creer que lacayos empedernidos se hubieran convertido en revolucionarios. Hay una explicación más sencilla. La Alemania de Guillermo II ofrecía a los reformistas oportunidades suficientes para conseguir sinecuras en los organismos parlamentarios, en las municipalidades, sindicatos y otros sitios. La defensa de la Alemania imperial era la defensa de una artesa bien repleta en la que la conservadora burocracia laborista enterraba el hocico. "La socialdemocracia se mantiene patriota sólo en tanto el régimen político existente garantiza sus ganancias y privilegios", advierten nuestras tesis de hace seis años. Los mencheviques y narodnikis rusos, que fueron patriotas aun bajo el zar, cuando tenían su propia fracción en la Duma, sus propios periódicos, sus propios funcionarios sindicales y esperaban mayores adelantos en este camino, ahora que lo han perdido todo sostienen una política derrotista en relación con la URSS.

Por consiguiente, la actual "unanimitad" de la Segunda Internacional se explica por el hecho de que todas sus secciones esperan que los aliados habrán de salvarles sus situaciones y rentas en la burocracia laborista de los países democráticos y restituirles situaciones y rentas en los países totalitarios. La socialdemocracia no va más allá de impotentes ensoñaciones de vigilia sobre el patronato de la burguesía "democrática". Son inválidos políticos, completamente incapaces de lucha, ni siquiera cuando se juegan sus propios intereses.

Muy claramente se reveló eso en Escandinavia, que parecía ser el santuario más seguro de la Segunda Internacional y en donde los tres países habían sido gobernados durante un lapso de años por la sensata, realista, reformista y pacifista socialdemocracia. El socialismo era lo que aquellos caballeros llamaban la democracia conservadora monárquica, más la iglesia de estado, más reformas sociales mezquinas posibilitadas durante un tiempo gracias a limitados gastos militares. Sostenidos por la Liga de Naciones y protegido por el escudo de la "neutralidad", los gobiernos escandinavos calcularon generaciones de evolución

tranquila y pacífica. Pero los amos imperialistas no hicieron caso de sus cálculos. Se vieron obligados a escabullir los golpes del destino. Ante la invasión de Finlandia por la URSS, los tres gobiernos escandinavos se proclamaron neutrales en lo que concernía a Finlandia. Ante la invasión de Dinamarca y de Noruega por Alemania, Suecia se declaró neutral en lo que concernía a las dos víctimas de la agresión. Dinamarca se ingenió para declararse neutral aun respecto de sí misma. Noruega sola, bajo las bocas de fuego de su guardián británico, dibujó unos cuantos gestos simbólicos de defensa. Héroe plenamente capacitado para vivir a costas de la patria demócrata, pero poco inclinados a morir por ella. La guerra que no previeron, al pasar ha dispersado sus esperanzas de pacífica evolución bajo Su Majestad y Dios. El paraíso escandinavo, último refugio de las esperanzas de la Segunda Internacional, se ha transformado en un pequeño sector del infierno general imperialista.

Los oportunistas socialdemócratas sólo conocen una política: la de la pasiva adaptación. En las condiciones del capitalismo decadente nada les queda permitido, que no sea entregar posición tras posición. La mutilación de su programa, va miserable, el rebajamiento de sus reivindicaciones, la completa renuncia a reivindicaciones, la continua retirada más y más profunda, hasta no encontrar otro refugio que algún agujero para ratas. Pero aun de allí, la mano implacable del imperialismo los saca por la cola. He ahí una breve historia de la Segunda Internacional. La actual guerra está matándola por segunda vez, y debemos esperar que ésta será la definitiva.

La Tercera Internacional.—La política de la degenerada Tercera Internacional—mezcla de crudo oportunismo y de aventurismo desbocado—ejerce una influencia sobre la clase trabajadora que, es posible, todavía es más demoralizadora que la política de su hermana mayor, la Segunda Internacional. El partido revolucionario edifica su política entera sobre la conciencia de clase de los trabajadores; la Komintern sólo se ocupa de contaminar y envenenar esa conciencia de clase.

Los propagandistas oficiales de cada bando beligerante exponen, a veces muy acertadamente, los crímenes del bando opuesto. Goebbels dice muchas verdades sobre la violencia británica en la India. La prensa francesa e inglesa dice gran cantidad de cosas

penetrantes sobre la política extranjera de Hitler y de Stalin. Sin embargo, esa propaganda parcial representa por sí misma el peor veneno chauvino. Las verdades a medias son el tipo más peligroso de mentira.

Toda la propaganda actual de la Komintern pertenece a esa categoría. Después de cinco años de las más cínicas alabanzas para las democracias, durante los cuales el "comunismo" entero se redujo a mostrar monótonamente a los agresores fascistas, la Komintern súbitamente descubre, en el otoño de 1939, el imperialismo criminal de las democracias occidentales. ¡Conversión hacia el revés! Desde entonces, ¡ni una palabra de condenación para la destrucción de Checoslovaquia y Polonia, la toma de Dinamarca y Noruega y las repugnantes bestialidades infligidas por las bandadas de Hitler al pueblo polaco y al pueblo judío! Hitler fue presentado como un vegetariano amante de la paz, provocado continuamente por los imperialistas occidentales. La prensa de la Komintern comenzó a hablar de la alianza anglo-francesa como del "bloque imperialista en contra del pueblo alemán". ¡Goebbels mismo no habría podido cocinar nada mejor! El emigrado Partido Comunista Alemán se abrasó de amor patrio. Y puesto que la patria alemana no ha dejado de ser fascista, ha resultado que el Partido Comunista Alemán sostiene una posición... social-fascista. Al fin ha llegado el momento en que la teoría stalinista del social-fascismo se revistiera de carne y huesos.

A primera vista la conducta de las secciones francesa e inglesa de la Internacional Comunista resulta diametralmente opuesta. En oposición a los alemanes, ellas se ven obligadas a atacar a sus propios gobiernos. Pero ese derrotismo súbito no es internacionalismo, sino una retorcida variedad de patriotismo: esos caballeros consideran que su patria es el Kremlin, del que depende su bienestar. Muchos de los stalinistas franceses se han comportado con un valor indiscutible ante la persecución. Pero la satisfacción política por esa entereza se ha deslucido con el embellecimiento por ellos de la política rapaz del bando enemigo. ¿Qué deben pensar de esto los trabajadores franceses?

Los revolucionarios internacionalistas siempre han sido descritos por la reacción, como agentes de potencias enemigas. La Komintern ha creado a sus secciones francesa e inglesa una situación que da pie firme para una acusación semejante, y por

eso mismo empuja necesariamente a los trabajadores hacia el campo del patriotismo, o los condena a la confusión y la pasividad.

La política del Kremlin es sencilla: vender la Komintern a Hitler, junto con el petróleo y el manganeso. Pero el servilismo canino con el que esta gente permite que se la venda, atestigua irrefutablemente la corrupción interior de la Komintern. Ni principios, ni honor, ni conciencia se permite a los agentes del Kremlin: sólo un espinazo dócil. Ahora, que las gentes de espinazo dócil todavía hasta hoy no han dirigido una revolución.

La amistad de Hitler con Stalin no durará siempre, ni siquiera por un cierto lapso. Antes de que nuestro manifiesto llegue a las masas, la política extranjera del Kremlin podrá haber dado una nueva virada. En ese caso, el carácter de la propaganda de la Komintern habrá también cambiado. Si el Kremlin maniobra aproximándose a las democracias, la Komintern extraerá una vez más de sus bodegas el Libro Pardo de los crímenes del nacional-socialismo. Pero eso no significa que su propaganda asumirá un carácter revolucionario. Con el cambio de marbetes seguirá siendo tan servil como antes. La política revolucionaria exige sobre todo que se diga la verdad a las masas, y la Komintern miente sistemáticamente. Dirijámonos a los trabajadores del mundo para decirles: ¡No creáis a los mentirosos!

SOCIALDEMOCRATAS, STALINISTAS Y LAS COLONIAS

Los partidos ligados con los explotadores e interesados en privilegios, son orgánicamente incapaces de desarrollar una política honrada respecto de las capas más explotadas de los trabajadores y de los pueblos oprimidos. La fisonomía de las segunda y tercera internacionales se revela, por lo tanto, con claridad especial en su actitud para las colonias.

Actuando como abogado de los dueños de esclavos y como partícipe en las ganancias del régimen esclavista, la Segunda Internacional no tiene secciones propias en las colonias, salvo grupos accidentales de funcionarios coloniales, predominantemente franc-masones franceses, y carreristas "de izquierda" en general, que se instalan sobre las espaldas de la población nativa. Habiendo renunciado oportunamente a la antipatriótica noción de levantar a la población colonial en contra de la "patria democrática", la

Segunda Internacional ha ganado para sí la prerrogativa de proporcionar ministros de las colonias a la burguesía, esto es, capataces de esclavos (Sidney Webb, Marius Moutet y otros.)

En un breve lapso, la Tercera Internacional, que se inició con una valiente llamada revolucionaria a todos los pueblos oprimidos, de igual modo se ha prostituído completamente en la cuestión colonial. No hace muchos años, cuando Moscú vislumbró para lo futuro una posible alianza con las democracias imperialistas, la Komintern lanzó consignas de emancipación nacional no sólo para Abisinia y Albania, sino también para Austria. Pero respecto de las colonias de la Gran Bretaña y Francia, modestamente se limitó a desear reformas "razonables". En esa época la Komintern defendió a los hindúes, no en contra de la Gran Bretaña, sino en contra de posibles ataques del Japón, y a Túnez en contra de las garras de Mussolini. Hoy la situación ha cambiado súbitamente. ¡Independencia absoluta para la India, para Egipto, para Argelia!—Dimitrov no aceptará nada menos. Arabes y negros han encontrado su mejor amigo una vez más en Stalin, sin contar, por supuesto, ni a Mussolini ni a Hitler. La sección alemana de la Komintern, con esa característica bajeza en tal pandilla de parásitos, defiende a Polonia y a Checoslovaquia en contra de las maquinaciones del imperialismo británico. ¡Esta gente es capaz de cualquier cosa! Un nuevo cambio en la orientación del Kremlin hacia las democracias occidentales, y de nuevo solicitarán respetuosamente a Londres y París que concedan reformas liberales a sus colonias.

En contraste con la Segunda Internacional, la Komintern, gracias a su gran tradición, ejerce una influencia indiscutible en las colonias. Sin embargo, su base social se ha alterado de acuerdo con su evolución política. Actualmente la Komintern, en países de naturaleza colonial, actúa en el estrato que tradicionalmente es la base de la Segunda Internacional en los centros metropolitanos. Las migajas que caen de los superprovechos, han permitido al imperialismo crear una especie de aristocracia laborista nativa en los países coloniales y semicoloniales. Insignificante cuando se la compara con su prototipo de los centros metropolitanos, ella se mantiene, sin embargo, apoyándose sobre la miseria general y aferrada tenazmente a sus privilegios. La burocracia y la aristocracia laborista de los países coloniales y semicoloniales, en unión de los

funcionarios públicos proporcionan reclutas especialmente serviles a los "amigos" del Kremlin. En América Latina, uno de los más repugnantes representantes de este tipo es el abogado mexicano Lombardo Toledano, cuyos íntimos servicios el Kremlin ha recompensado elevándolo al decorativo puesto de presidente de la Federación Sindical Latinoamericana.

La guerra, al plantear categóricamente las cuestiones de la lucha de clases, crea a esos malabaristas y veletas una posición día a día más difícil, que los verdaderos bolcheviques deben utilizar con el objeto de arrojar a la Komintern fuera para siempre de los países coloniales.

Centrismo y anarquismo.—La guerra, que prueba todo lo que existe y descarta todo lo podrido, representa un peligro mortal para las internacionales que se han sobrevivido. Una sección considerable de la burocracia de la Komintern, especialmente en caso de reveses para la Unión Soviética, volverá infaliblemente hacia su propia patria imperialista. Los trabajadores, por el contrario, se inclinarán cada día más hacia la izquierda. En tales condiciones, son inevitables las escisiones y rupturas. Ciertos números de síntomas indican también la posibilidad de que el ala "izquierda" de la Segunda Internacional se separe. Grupos centristas de origen distinto aparecerán, romperán, crearán nuevos "frentes", "campos", etc. Nuestra época revelará, sin embargo, que el centrismo le resulta intolerable. El patético y trágico papel desempeñado en la revolución española por el POUM, la más seria y honrada de las organizaciones centristas, quedará siempre en la memoria del proletariado adelantado como una terrible advertencia.

La historia gusta de las repeticiones. No debemos excluir la posibilidad de nuevos intentos para edificar una organización internacional con fisonomía semejante a la de la Internacional 2 y $\frac{1}{2}$, esta vez sería la Internacional 3 y $\frac{1}{2}$. Esos comienzos merecen atención sólo como reflejo que son de procesos mucho más profundos que acontecen en las masas trabajadoras. Puede, sin embargo, declararse con anticipada certeza que los "frentes", "campos" e "internacionales" carentes de una base teórica, de una tradición revolucionaria y de un programa acabado, sólo tendrán un carácter efímero. Debemos ayudar éste criticando sin piedad su indecisión y su pusilanimidad.

Estaría incompleto este esbozo de la bancarrota de las viejas organizaciones obreras si dejáramos de mencionar el anarquismo. Su declinación constituye el fenómeno más indiscutible de nuestra época. Desde antes de la primera guerra imperialista, los anarcosindicalistas franceses consiguieron convertirse en los peores oportunistas y servidores directos de la burguesía. En la última guerra, la mayor parte de los líderes anarquistas internacionales se revelaron patriotas. En el calor de la guerra civil española, los anarquistas tomaron sitio como ministros de la burguesía. Los traficantes fraseadores anarquistas niegan el estado mientras éste no los necesita. En la hora del peligro, ellos, como los socialdemócratas, se convierten en agentes de la clase capitalista.

Los anarquistas entraron a la actual guerra sin un programa, sin una sola idea y con una bandera ensuciada por su traición al proletariado español. Hoy son incapaces de introducir nada en las filas de los trabajadores, que no sea la desmoralización patriótica aromatizada con lamentaciones humanitarias. Al buscar una aproximación con los trabajadores anarquistas realmente preparados para luchar por los intereses de su clase, les pediremos al mismo tiempo que rompan completamente con los líderes que lo mismo en la guerra que en la revolución sirven de corvediles de la burguesía.

LOS SINDICATOS Y LA GUERRA

Mientras los magnates del capitalismo monopolista se mantienen en lo alto de los órganos oficiales del poder estatal, que controlan desde ahí, los líderes sindicales oportunistas merodean alrededor de la base del poder estatal, para crearle un apoyo entre las masas trabajadoras. Es imposible desempeñar esa sucia faena mientras se mantenga en los sindicatos una democracia obrera. El régimen sindical, de acuerdo con los rasgos del régimen del estado burgués, se hace día a día más autoritario. En tiempo de guerra, la burocracia sindical se convierte definitivamente en la policía militar del estado mayor del ejército dentro de la clase obrera.

Ningún celo podrá salvarla. La guerra arrastra la muerte y la destrucción para los actuales sindicatos reformistas. Los sindicalistas jóvenes son movilizados para la matanza, muchachos, mu-

jeros y viejos, es decir, los menos capaces de resistir, los substituyen. Todos los países saldrán de la guerra tan arruinados que el nivel de existencia de los trabajadores será vuelto hacia atrás unos cien años. Los sindicatos reformistas sólo son posibles bajo el régimen de democracia burguesa. Solo que lo primero que será vencido en la guerra será la totalmente podrida democracia. En su caída final arrastrará con ella todas las organizaciones obreras que le sirvieron de apoyo. No habrá sitio para los sindicatos reformistas. La reacción capitalista los destruirá brutalmente. Es necesario advertir esto a los trabajadores, desde luego y tan altamente que todo mundo pueda oírlo.

Una nueva época reclama nuevos métodos. Nuevos métodos reclaman nuevos líderes. Sólo por un medio es posible salvar los sindicatos: transformándolos en organizaciones de lucha que se propongan como fin la victoria sobre la anarquía capitalista y el bandolerismo imperialista. Los sindicatos desempeñarán un papel supremo en la construcción de la economía socialista, pero es condición previa para ello el derrocamiento de la clase capitalista y la nacionalización de los medios productores. Los sindicatos sólo podrán escapar de ser enterrados bajo las ruinas de la guerra si toman el camino de la revolución socialista.

LA CUARTA INTERNACIONAL NAVEGA CONTRA LA CORRIENTE

La vanguardia proletaria es la irreconciliable enemiga de la guerra imperialista. Pero no la teme. Acepta el combate en el escenario escogido por el enemigo de clase. Entra a él con sus banderas desplegadas.

La Cuarta Internacional es la única organización que predijo acertadamente el curso general de los acontecimientos mundiales, que previó lo inevitable de la nueva catástrofe imperialista, que expuso los fraudes pacifistas de los demócratas burgueses y de los aventureros pequeño burgueses de la escuela stalinista, que luchó en contra de la política de colaboración de clases llamada con el nombre de "frentes populares", que puso en la picota a la Komintern y a los anarquistas por el papel traidor que desempeñaron en España, que criticó irreconciliablemente las ilusiones centristas del POUM, que ha continuado sin descanso tem-

plando sus cuadros en el espíritu de la lucha de clases revolucionaria. Nuestra política de guerra sólo es una continuación concentrada de nuestra política de paz.

La Cuarta Internacional construye su programa sobre los graníticos cimientos teóricos del marxismo. Rechaza el despreciable eclecticismo que ahora domina en las filas de la burocracia laborista oficial de los diferentes campos y que muy frecuentemente ha servido como embozo para capitular ante la democracia burguesa. Nuestro programa se encuentra formulado en una serie de documentos accesibles a todos. Su esencia puede ser resumida en dos palabras: *dictadura proletaria*.

Nuestro programa se funda en el bolchevismo.—La Cuarta Internacional se apoya completamente y sin reservas sobre el cimiento de la tradición revolucionaria del bolchevismo y sus métodos organizativos. Dejemos a los radicales pequeño burgueses gimitar contra el centralismo. Un obrero que haya participado aunque sólo sea una vez en una huelga, sabe que ninguna lucha es posible sin disciplina y sin una dirección firme. Nuestra época entera está penetrada por el espíritu del centralismo. El capitalismo monopolista ha llevado la centralización económica hasta sus últimos límites. El centralismo estatal, bajo la forma de fascismo ha asumido un carácter totalitario. Día a día las democracias tratan de emular ese rasgo. La burocracia sindical defiende brutalmente su poderosa maquinaria. La segunda y la tercera internacionales descaradamente utilizan el aparato del estado en su lucha contra la revolución. En esas condiciones, es garantía elemental de éxito el contraponer el centralismo revolucionario al centralismo de la reacción. Es indispensable tener una organización de la vanguardia proletaria soldada por una disciplina de hierro, una genuina selección de revolucionarios de buen temple, listos para el sacrificio e inspirados por una voluntad invencible de triunfar. Preparar la ofensiva sistemática y cuidadosamente y arrojar, cuando llegue la hora decisiva, toda la fuerza de la clase en el campo de batalla sin titubear, son cosas que sólo un partido centralizado que no titubee él mismo, es capaz de enseñar a los trabajadores.

Los escépticos superficiales se deleitan mencionando la degeneración del centralismo bolchevique en burocratismo. ¡Como si el curso entero de la historia dependiera de la estructura de un

partido! En realidad, es el destino del partido el que depende del curso de la lucha de clases. En cualquier caso, sin embargo, el partido bolchevique fué el único que comprobó en la acción su capacidad para realizar la revolución proletaria. Precisamente es un partido así el que necesita ahora el proletariado internacional. Si el régimen burgués sale de la guerra impunemente, todo partido revolucionario degenerará. Si triunfa la revolución proletaria, las condiciones que produce la degeneración desaparecerán.

En las condiciones propias de la reacción triunfante—desilusión y fatiga de las masas, en una atmósfera política envenenada por la vaciada descomposición de las organizaciones tradicionales de la clase obrera, en medio de dificultades y obstáculos que se hacían, el desarrollo de la Cuarta Internacional necesariamente procede con lentitud. Aisladamente, y a primera vista, mucho más amplios y más prometedores intentos de unificación del ala izquierda han sido emprendidos más de una vez por centristas que han desdeñado nuestros esfuerzos. Todos esos intentos pretensivos, sin embargo, se redujeron a polvo aun antes de que las masas tuvieran la oportunidad de recordar sus nombres. Sólo la Cuarta Internacional, con tesón, persistencia y éxito creciente sigue navegando contra la corriente.

¡Hemos soportado la prueba!—Lo que caracteriza una organización revolucionaria auténtica es ante todo la seriedad con que trabaja y comprueba su línea de política a cada nueva virada de los acontecimientos. La democracia hace que el centralismo sea fructífero. En el fragor de la guerra, nuestras secciones discuten apasionadamente todos los problemas de la política proletaria, comprueban métodos y de pasada descubren a los elementos inestables que se han unido a nosotros sólo por virtud de su oposición a la segunda y tercera internacionales. En la formación de un partido revolucionario auténtico, la separación de los inseguros compañeros de ruta representa un gasto inevitable.

La abrumadora mayoría de nuestros camaradas de diferentes países han aguantado la primera prueba de la guerra. Este hecho es de una significación inestimable para el futuro de la Cuarta Internacional. Todo miembro de base de nuestra organización, no sólo tiene derecho, sino que está obligado a considerarse desde ahora como oficial del ejército revolucionario que será creado al calor de los acontecimientos. La entrada de las ma-

sas en la escena revolucionaria revelará a la vez la insignificancia de los programas oportunistas, pacifistas y centristas. Un sólo verdadero revolucionario en una fábrica, una mina, un sindicato, un regimiento, un barco de guerra, vale infinitamente más que cientos de pseudo-revolucionarios pequeñoburgueses que cuecen en su propio jugo.

Los políticos de la gran burguesía se orientan mucho mejor sobre el papel de la Cuarta Internacional que esos pedantes pequeñoburgueses. En vísperas de romper las relaciones diplomáticas, Hitler y el embajador francés Coulongre, tratando en su última entrevista amedrentarse mutuamente con las consecuencias de la guerra, convinieron en que la "única verdadera triunfadora" sería la Cuarta Internacional. Al desencadenarse las hostilidades en contra de Polonia, la gran prensa de Francia, Dinamarca y otros países, publicó telegramas diciendo que en los barrios obreros de Berlín habían aparecido carteles sobre las paredes: "¡Muera Stalin! ¡Viva Trotsky!" Eso significaba: "¡Muera la Tercera Internacional! ¡Viva la Cuarta Internacional!" Cuando los obreros y estudiantes más resueltos de Praga organizaron una demostración con motivo del aniversario de la independencia nacional, el "protector" barón Neurath expidió una declaración oficial que atribuía la responsabilidad de esa demostración a los "trotskystas" checos. La correspondencia de Praga que aparece en el periódico editado por Benés, antiguo presidente de la República Checoslovaca, confirma el hecho de que los trabajadores checos se están haciendo "trotskystas". Hasta ahora, todos esos no son más que síntomas. Pero indican de modo inequívoco la tendencia del desarrollo. La nueva generación de trabajadores que la guerra empujará hacia la ruta de la revolución tomarán su sitio bajo nuestra bandera.

LAS CONDICIONES PARA LA REVOLUCION OBRERA ESTAN AQUI

Las condiciones básicas para la victoria de la revolución proletaria han sido establecidas por la experiencia histórica y esclarecidas por la teoría. 1) El callejón sin salida burgués y la resultante confusión de la clase dominante; 2) la aguda insatisfacción y la lucha por cambios decisivos en las filas de la peque-

ña burguesía, sin el soporte de la cual la gran burguesía no puede sostenerse; 3) la conciencia de la situación intolerable y la preparación para actos revolucionarios en las filas del proletariado; 4) un claro programa y una firme dirección de la vanguardia proletaria. Esas son las cuatro condiciones de la victoria de la revolución proletaria. La razón principal de la derrota de muchas revoluciones tiene sus raíces en el hecho de que esas cuatro condiciones raramente alcanzan el grado necesario de madurez al mismo tiempo. En la historia, la guerra ha sido con no poca frecuencia madre de la revolución precisamente porque conmueve en sus cimientos regímenes añejos, debilita la clase dominante y apresura el crecimiento de la indignación revolucionaria entre las clases oprimidas.

Ya la desorientación de la burguesía, la alarma e insatisfacción de las masas populares son intensas, no sólo en los países beligerantes, sino también en los neutrales. Esos fenómenos se intensificarán con cada mes de guerra que pase. En los últimos veinte años, es cierto, el proletariado ha sufrido derrota tras derrota, cada una más grave que la precedente, se ha desilusionado de los viejos partidos y se ha encontrado en la guerra indudablemente con el espíritu deprimido. Sin embargo, no se debe sobreestimar la estabilidad o duración de esa disposición de ánimo. Los acontecimientos la crearon, los acontecimientos la disiparán.

La guerra, ló mismo que la revolución, es hecha sobre todo por la generación más joven. Millones de jóvenes, incapaces de encontrar acceso a la industria comienzan su existencia como desocupados y por lo mismo se quedan al margen de la vida política. Hoy encuentran su sitio o lo encontrarán mañana: el estado los organiza en regimientos y por esa misma razón abre la posibilidad a su unificación revolucionaria. Sin ninguna duda, la guerra sacudirá también la apatía de las generaciones mayores.

EL PROBLEMA DE LA DIRECCION OBRERA

Queda el problema de la dirección. ¿No será la revolución traicionada también esta vez, puesto que hay dos internacionales al servicio del imperialismo, mientras los elementos revolucionarios auténticos constituyen una pequeña minoría? En otras palabras: ¿conseguiremos preparar oportunamente un partido capaz

de dirigir la revolución proletaria? Para contestar acertadamente esta pregunta, es preciso plantearla con acierto. Naturalmente, éste o aquel levantamiento podrán terminar y seguramente terminarán en un revés, debido a la falta de madurez de la dirección revolucionaria. Pero no se trata de un levantamiento aislado. Se trata de una época revolucionaria entera.

El mundo capitalista no tiene salida, a menos que consideremos así una prolongada agonía. Es necesario prepararse para largos años, si no decenios de guerra, de levantamientos, de breves treguas de descanso, de nuevas guerras y de nuevos levantamientos. Un joven partido revolucionario debe basarse en esa perspectiva. La historia le proporcionará suficientes oportunidades y posibilidades de prueba, de acumulación de experiencia y de madurez. A mayor rapidez en la fusión de las filas de la vanguardia, corresponderá un acortamiento de la época de convulsiones sangrientas y una menor destrucción de nuestro planeta. Pero el gran problema histórico no será resuelto en ningún caso hasta tanto no se levante un partido revolucionario a la cabeza del proletariado. La cuestión de ritmos y de lapsos intercalados es de enorme importancia; pero no altera ni la perspectiva histórica general ni la dirección de nuestra política. La conclusión es sencilla: es necesario desarrollar el trabajo de educación y organización de la vanguardia proletaria con energía centuplicada. Precisamente en esto estriba la tarea de la Cuarta Internacional.

Cometen un grandísimo error quienes, tratando de justificar conclusiones pesimistas, se refieren simplemente a las tristes consecuencias de la guerra. En primer lugar, la última guerra dió nacimiento a la revolución de Octubre, cuyas lecciones dan vida al movimiento obrero del mundo entero. En segundo lugar, las condiciones de la actual guerra difieren profundamente de las condiciones de la de 1914. La posición económica de los estados imperialistas, inclusive los Estados Unidos, es hoy infinitamente peor, y el poder destructor de la guerra es infinitamente mayor que lo era hace un cuarto de siglo. Hay por lo tanto suficiente razón para esperar esta vez una reacción mucho más rápida y mucho más decisiva de los trabajadores y del ejército.

La experiencia de la primera guerra no dejó de afectar profundamente a las masas. La Segunda Internacional extrajo su fuerza de las ilusiones democráticas y pacifistas todavía casi ina-

fectadas de las masas. Los trabajadores esperaban seriamente que la guerra de 1914 sería la última guerra. Los soldados dejaban que se les matara con el objeto de ahorrar a sus hijos una nueva matanza. Sólo por virtud de esa esperanza pudieron los hombres soportar la guerra por más de cuatro años. Casi nada queda hoy de las ilusiones democráticas y pacifistas. Los pueblos sufren la actual guerra ya sin ninguna creencia en aquello. Sin esperar de la guerra nada que no sean nuevas cadenas. Esto se aplica también a los estados totalitarios. La vieja generación, la de los trabajadores que llevaron en su espalda el fardo de la primera guerra imperialista y que no han olvidado sus lecciones, todavía está lejos de haber sido eliminada del escenario. En los oídos de los próximos a los más viejos, aquéllos que iban a la escuela durante la guerra, resuenan aun las falsas consignas de patriotismo y de pacifismo. La inestimable experiencia política de esos estratos ahora aplastados por el peso de la máquina bélica, se revelará en toda su fuerza cuando la guerra obligue a las masas trabajadoras a lanzarse abiertamente en contra de sus gobiernos.

Nuestra tesis (*La guerra y la Cuarta Internacional. 1934*) afirman: "La exhibición de la naturaleza enteramente reaccionaria, decadente y homicida del capitalismo moderno, el colapso de la democracia, el reformismo y el pacifismo, la inaplazable y quemante necesidad de que el proletariado encuentre un camino que lo saque de la ruina inevitable, coloca con nueva fuerza la revolución en la orden del día".

Hoy ya no se trata, como en el siglo XIX, de asegurar sencillamente un desarrollo más rápido y sano de la vida económica; hoy se trata de salvar a la humanidad del suicidio. Precisamente la gravedad del problema histórico es la que priva totalmente de sostén a los partidos oportunistas. El partido de la revolución, por el contrario, encuentra un manantial de poder inextinguible en la conciencia que posee de responder a una necesidad histórica inexorable.

Por lo demás, es imposible colocar en el mismo plano a la actual vanguardia revolucionaria y a los internacionalistas aislados que levantaron su voz al comenzar la última guerra. Sólo el partido de los bolcheviques rusos representaba una fuerza revolucionaria en aquella época. Pero aun éste, en una gran mayoría, no consiguió—excepto respecto del pequeño grupo de emigrados

formado alrededor de Lenin—desprenderse de su estrechez nacional y alcanzar la perspectiva de la revolución mundial.

La Cuarta Internacional, en efectivos y especialmente en preparación, posee ventajas infinitas respecto de sus predecesores de comienzos de la otra guerra. La Cuarta Internacional es la heredera directa del bolchevismo en su pureza. La Cuarta Internacional ha absorbido la tradición de la revolución de octubre y ha traducido en teoría la experiencia del período histórico más rico entre las dos guerras imperialistas. Tiene fe en sí misma y en su futuro.

La guerra, permítasenos recordarlo nuevamente, acelera enormemente el desarrollo político. Grandes tareas que sólo ayer parecían lejanas en años, si no en decenios, pueden plantearse directamente en los próximos dos o tres años, y quizás antes. Los programas basados en las condiciones habituales de paz, inevitablemente quedarán bailando en el aire. Por otra parte, el programa de reivindicaciones transitorias de la Cuarta Internacional, que parecía tan "irreal" a los políticos miopes, revelará su completa significación en el proceso de movilización de las masas por la conquista del poder del estado.

Al comenzar la nueva revolución, los oportunistas tratarán una vez más, como lo hicieron hace un cuarto de siglo, de inculcar en los trabajadores la idea de que es imposible construir el socialismo sobre ruinas y devastación. ¡Como si el proletariado tuviera libertad de escoger! Es preciso construir sobre los cimientos que proporcione la historia. La revolución rusa mostró cómo el gobierno obrero puede sacar a un país inclusive muy atrasado de la más profunda pobreza. Tanto mayores son los milagros que se ofrecen al proletariado de los países adelantados. La guerra destruye edificios, ferrocarriles, fábricas, minas; pero no puede destruir la técnica, la ciencia, la habilidad. Después de crear su propio estado, de organizar correctamente sus filas, de poner a trabajar las fuerzas calificadas que heredará del régimen burgués y de organizar la producción de acuerdo con un plan unificado, el proletariado no sólo restaurará en unos cuantos años todo lo destruido por la guerra, sino que creará las condiciones para el mayor florecimiento de la cultura sobre los cimientos de la solidaridad.

¿QUE HACER AHORA?

El Congreso de Emergencia de la Cuarta Internacional vota este manifiesto en los momentos en que, después de aplastar a Holanda y Bélgica y de romper la resistencia inicial de las tropas aliadas, los ejércitos alemanes ruedan como una corriente de fuego hacia París y el Canal. En Berlín ya se apresuran a celebrar la victoria. En el campo de los aliados hay una alarma que tiende al pánico. No tenemos aquí ni la posibilidad ni la necesidad de enfrascarnos en especulaciones estratégicas acerca de las próximas etapas de la guerra. En cualquier caso, la tremenda preponderancia de Hitler pone su sello a la fisonomía política del mundo entero.

"Pero, ¿no está obligada la clase obrera en las actuales condiciones a ayudar a las democracias en su lucha contra el fascismo alemán?" He ahí cómo plantean la cuestión amplios círculos pequeñoburgueses, para quienes el proletariado sigue siendo sólo un instrumento auxiliar de ésta o de aquella facción de la burguesía. Rechazamos esta política con indignación. Naturalmente, existe una diferencia entre los regímenes políticos de la sociedad burguesa, exactamente como existe una diferencia de comodidad entre los diferentes vagones de un tren. Pero cuando todo el tren se arroja en un abismo, la distinción entre la democracia decadente y el fascismo homicida desaparece, frente al colapso del sistema capitalista por entero.

Con sus victorias y brutalidades, Hitler provoca naturalmente la aversión enérgica de los trabajadores de todo el mundo. Pero entre esta aversión legítima de los trabajadores y el ayudar a sus más débiles, pero no menos reaccionarios enemigos, media un mundo. La victoria de los imperialistas de Gran Bretaña y Francia no sería menos aterradora para el destino final de la humanidad, que lo sería la de Hitler y Musolini. La democracia burguesa no puede salvarse. Al ayudar a su burguesía en contra del fascismo extranjero, los trabajadores sólo acelerarían la victoria del fascismo en su propio país. La tarea que plantea la historia no es la de apoyar un sector del sistema imperialista en contra de otro, sino la de poner fin al sistema entero.

Los trabajadores deben aprender las artes militares.—La militarización de las masas se intensifica más día a día. Rechazamos

la grotesca pretensión de oponernos a esa militarización con vacuas protestas pacifistas. Todos los grandes problemas se decidirán en la próxima época con las armas en la mano. Los trabajadores no deben asustarse de las armas; por el contrario, deben aprender a usarlas. Los revolucionarios no se separan del pueblo durante la guerra más que durante la paz. Un bolchevique lucha por convertirse, no sólo en el mejor sindicalista, sino también en el mejor soldado.

Nosotros no queremos permitir que la burguesía arroje a última hora en el campo de batalla a soldados impreparados o mal preparados. Reclamamos que el estado provea inmediatamente a los trabajadores y a los desocupados con la posibilidad de aprender a manejar un rifle, a arrojar una granada, a manejar la ametralladora, el cañón, el avión, el submarino y los demás instrumentos de guerra. Se necesitan escuelas militares especiales, estrechamente conectadas con los sindicatos, de modo que los trabajadores puedan convertirse en hábiles especialistas del arte militar, capaces de desempeñar los puestos de mando.

¡Esta no es nuestra guerra!.—Al mismo tiempo, no olvidemos ni por un momento que esta guerra no es la nuestra. En contradicción con la segunda y la tercera internacionales, la Cuarta Internacional edifica su política, no sobre la suerte militar de los estados capitalistas, sino sobre la transformación de la guerra imperialista en una guerra de los trabajadores contra los capitalistas, sobre el derrocamiento de las clases dominantes de todos los países, sobre la revolución mundial. Las alternativas en las líneas de batalla del frente, la destrucción de las capitales nacionales, la ocupación de territorios, la caída de estados aislados representan desde ese punto de vista, sólo episodios trágicos en el camino de la reconstrucción de la sociedad moderna.

Independientemente del curso de la guerra, nosotros desempeñamos nuestra tarea básica: explicamos a los trabajadores lo irreconciliable que son sus intereses con los intereses del capitalismo sediento de sangre; movilizamos a los trabajadores en contra del imperialismo; propagamos la unidad de los trabajadores en todos los países, beligerantes y neutrales; apelamos a la fraternización de trabajadores y soldados en cada país, y de soldados con soldados en los campos opuestos del frente de batalla; movilizamos a

las mujeres y a los jóvenes en contra de la guerra; desarrollamos una constante, persistente e infatigable preparación de la revolución, en las fábricas, en los molinos, en las aldeas, en los cuarteles, en el frente y en la flota.

Ese es nuestro programa. Proletarios del mundo: ¡No hay más camino que la unión bajo la bandera de la Cuarta Internacional!

INC

Después de la Conquista de Francia por Hitler, ¿qué Sigue?

Por L. Trotsky.

(Este artículo fué escrito inmediatamente después de la capitulación de Francia, a mediados de junio).

Siguiendo las huellas de cierto número de estados europeos más pequeños, Francia se transforma en una nación oprimida. El imperialismo alemán ha alcanzado un desarrollo militar sin precedente, con todas las oportunidades de pillaje que eso entraña. ¿Cuál es la continuación?

Del lado de los semi-internacionalistas de toda ralea, podemos esperar aproximadamente la siguiente serie de argumentos: Levantamientos victoriosos en los países conquistados, bajo la bota nazi, son imposibles, ya que todo movimiento revolucionario sería inmediatamente ahogado en sangre por los conquistadores. Hay todavía menos razón para esperar un levantamiento victorioso en el campo de los triunfadores totalitarios. Las condiciones favorables para la revolución sólo podrían producirse con la derrota de Hitler y Mussolini. Por lo tanto, sólo nos resta ayudar a Inglaterra y a los Estados Unidos. Si la Unión Soviética se aliara a nosotros, sería posible, no sólo parar los triunfos militares de Alemania, sino inflingirle fuertes derrotas militares y económicas. El futuro desarrollo de la revolución sólo es posible por ese camino. Y así, indefinidamente.

VIEJO ARGUMENTO

Esa alegación, que en la superficie parece inspirada por el nuevo mapa de Europa, en realidad sólo es una adaptación a ese nuevo mapa, de los viejos argumentos del socialpatriotismo, es decir, de la traición de clase. La victoria de Hitler sobre Francia ha revelado completamente la corrupción de la democracia imperialista, aun en la esfera de sus propias tareas. No se la puede "salvar" del fascismo. Sólo se la puede substituir por la proletaria. Si la clase obrera ligara su destino en la actual guerra al destino de la democracia imperialista, sólo conseguiría asegurarse una nueva serie de derrotas.

"Por la victoria", Inglaterra ya se ha sentido obligada a introducir métodos de dictadura, para lo cual fué condición primaria la renuncia del Partido Laborista a cualquier independencia política. Si el proletariado internacional, representado por todas sus organizaciones y tendencias, hubiera de tomar el mismo camino, esto sólo facilitaría y apresuraría la victoria del régimen totalitario en una escala mundial. En las condiciones supuestas por un proletario mundial que renuncia a la independencia política, una alianza entre la URSS y las democracias imperialistas significaría el desarrollo de la omnipotencia de la burocracia moscovita, su futura transformación en una agencia del imperialismo y concesiones que inevitablemente ella tendría que hacer al imperialismo en el dominio económico. De toda verosimilitud, la posición militar de los distintos países imperialistas en el escenario mundial se encontraría grandemente cambiada; pero la posición del proletariado mundial, desde el punto de vista de las tareas de la revolución socialista, cambiaría muy poco.

¡HAY QUE PREPARAR LA REVOLUCION!

Con el fin de crear una situación revolucionaria—dicen los sofistas del socialpatriotismo—es necesario dar un golpe a Hitler. Para obtener una victoria sobre Hitler, es necesario apoyar a las democracias imperialistas. Pero si para salvar a las "democracias", renuncia el proletariado a una política revolucionaria independiente, entonces, ¿quién utilizaría la situación revolucionaria que surgiera de la derrota de Hitler? No ha faltado situaciones re-

volucionarias en el último cuarto de siglo. Pero sí ha faltado un partido revolucionario capaz de utilizar la situación revolucionaria. Renunciar a la preparación de un partido revolucionario con la esperanza de provocar una "situación revolucionaria", es llevar a los trabajadores, con los ojos vendados, a la mantanza.

Desde el punto de vista de una revolución en el propio país, la derrota del propio gobierno imperialista es indudablemente un "mal menor". Los pseudo-internacionalistas, sin embargo, se refusan a aplicar este principio en relación con los países democráticos en derrota. En cambio, interpretan ellos la victoria de Hitler, no como un obstáculo relativo, sino absoluto en el camino de una revolución en Alemania. En ambos casos mienten.

LO QUE LOS NAZIS TIENEN ENFRENTADO

La posición de las masas en los países vencidos inmediatamente empeorará de modo extremo. La opresión social se duplica con la opresión nacional, cuyo fardo mayor es también llevado por los trabajadores. De todas las formas de dictadura, la dictadura totalitaria de un conquistador extranjero es la más intolerable. Al mismo tiempo, en la medida en que los nazis tratarán de utilizar los recursos naturales y el equipo industrial de las naciones vencidas por ellos, los nazis mismos, inevitablemente, tendrán que depender de los campesinos y obreros nativos. Sólo después de la victoria comienzan siempre las dificultades económicas. Es imposible afectar un soldado armado a cada obrero o campesino polaco, noruego, danés, holandés, belga, francés. Sin que nadie se lo mande el nacionalsocialismo está por la transformación de los pueblos vencidos, de adversarios en amigos.

La experiencia de los alemanes en Ucrania, en 1918, ha demostrado lo difícil que es utilizar por métodos militares la riqueza natural y la fuerza de trabajo de un pueblo vencido; y cómo fácilmente se desmoraliza un ejército de ocupación en una atmósfera de universal hostilidad. Este mismo proceso habrá de desarrollarse en una escala mucho más vasta en el continente europeo, bajo la ocupación nazi. Con seguridad se puede esperar la transformación rápida de todos los países conquistados en almacenes de pólvora. El peligro más bien consiste en que las explosiones ocurran demasiado pronto, sin preparación suficiente, y condu-

can a derrotas aisladas. En general, es imposible, sin embargo, hablar de la revolución europea y mundial, sin tomar en cuenta derrotas parciales.

Hitler, el conquistador, naturalmente tiene sueños de vigilia de convertirse en el verdugo en jefe de la revolución proletaria en cualquier parte de Europa. Pero eso de ningún modo significa que Hitler haya de ser lo suficientemente fuerte para entenderse con la revolución proletaria como ha conseguido entenderse con la democracia imperialista. Sería un fatal desatino, indigno de un partido revolucionario, el convertir a Hitler en un fetiche, exagerar su poder, desentenderse de los límites objetivos de sus triunfos y conquistas. Es cierto que Hitler ha prometido a gritos establecer la dominación del pueblo alemán, a expensas de toda Europa y aun del mundo entero, "por mil años". Pero muy probablemente semejante esplendor no durará ni siquiera diez años.

Debemos aprovechar las lecciones del pasado reciente. Hace veintidós años, no sólo los países vencidos, sino también los victoriosos emergieron de la guerra con su vida económica descoyuntada, y sólo muy lentamente consiguieron aprovechar en la medida en que las aprovecharon, las ventajas económicas resultantes de la victoria. Por esto el movimiento revolucionario asumió muy grandes proporciones también en los países de la Entente victoriosa. Lo único que faltó fué un partido revolucionario capaz de encabezar el movimiento.

¡CRISIS TAMBIEN EN ALEMANIA!

El carácter total, es decir, que lo abraza todo, propio de la actual guerra, excluye la posibilidad de un "enriquecimiento" a expensas de los países vencidos. Inclusive en el caso de una completa victoria sobre Inglaterra, Alemania, para conservar sus conquistas, se vería obligada, a someterse, en los próximos años, a sacrificios económicos tales, que contrapesarían ampliamente las ventajas que pudiera extraer directamente de sus victorias. Las condiciones de vida de las masas alemanas, en cualquier caso, deberán empeorar considerablemente en el próximo período. Millones y millones de soldados victoriosos encontrarán, al volver a su tierra, un hogar todavía más agobiado de pobreza que el que los vió partir hacia la guerra. Una victoria que rebaja el nivel de

vida del pueblo no refuerza a un régimen sino lo debilita. La confianza en sí mismos de los soldados desmovilizados que han conseguido las más grandes victorias, habrá alcanzado su altura máxima. Sus esperanzas traicionadas se cambiarán en insatisfacción aguda y en amargura. Por otra parte, la casta de los camisas pardas se alzarán todavía más alto por encima del pueblo; su gobierno arbitrario y su desenfreno provocarán una hostilidad todavía mayor. Así como durante el último decenio, el péndulo político en Alemania, como resultado de la impotencia de la tardía democracia y de la traición de los partidos obreros, se ha inclinado resueltamente hacia la derecha, ahora, como resultado de la desilusión respecto de las consecuencias de la guerra y del régimen nazi, el péndulo se inclinará todavía más resuelta y decisivamente hacia la izquierda. Insatisfacción, alarma, protestas, huelgas, choques armados de nuevo se pondrán a la orden del día en Alemania. Demasiadas preocupaciones tendrá Hitler en Berlín, para poder con éxito desempeñar el papel de verdugo en París, Bruselas y Londres.

En consecuencia, la tarea del proletariado revolucionario, no consiste en ayudar a los ejércitos imperialistas a crear una "situación revolucionaria", sino en preparar, fundir y templar sus filas internacionales para situaciones revolucionarias que no habrán de faltar.

El nuevo mapa de guerra de Europa no invalida los principios de la lucha de clases revolucionaria. La Cuarta Internacional no cambia de curso.

L. Trotsky.